

Epifanía política

Del enamoramiento colectivo
a la eficacia política

Octavio Solís



Epifanía política

STUNAM

Agustín Rodríguez Fuentes

Secretario General

Alberto Pulido Aranda

Secretario de Prensa y Propaganda

Carlos Hugo Morales Morales

Secretario de Finanzas

D.R. © Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Nacional Autónoma de México
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Del. Iztapalapa, CP: 09810. México, D.F.

*Epifanía política. Del enamoramiento colectivo
a la eficacia política*

Primera edición, 2018

STUNAM

Cuidado de la edición

Germán Bernardo Pascual

Edición gráfica

Adán Raymundo Orta Trujillo

ISBN: 978-607-97576-2-5

Impreso en México

Printed in México



STUNAM
Sindicato de Institución

Epifanía política

Del enamoramiento colectivo
a la eficacia política

Octavio Solís

A Sofía
Por mostrarme de nuevo la utopía
en el reflejo de sus ojos

A los trabajadores universitarios

Apuntes

Este no es un libro de teoría política, pues pretende la acción.

Sin estar desprovisto de un sustento teórico, el mayor interés es polemizar en torno a ideas “consumadas” en la praxis política.

Por la premura es un esbozo; por desesperación es un salto al vacío; por convicción abrevia en lo clásico y es provocador.

Dado el tiempo que vivimos, prefiero saltar sin red que dejar transcurrir mi vocación política como simple espectador en el teatro de mi historia nacional.

Octavio Solís
Coyoacán, marzo de 2018

Epifanía política

*La tradición judía produjo una presencia poética
tan maravillosa como extraña: el profeta,
que tenía una rara misión. No predecir el futuro,
como el imaginario popular le ha atribuido,
sino restituir los significados originales
que el pueblo extravió y, a partir de ellos,
anunciar la llegada de un mesías o,
para usar el término latino, de un redentor.*

*Es quizás este anuncio el que,
a partir de la exégesis cristiana,
identificó a Jesús de Nazaret con el mesías,
el que hizo que a la profecía se le atribuyera
el sentido de predecir el futuro.*

Javier Sicilia

La política es el arte de ganar o someter voluntades, por eso nunca será un fin en sí mismo; la suma de esas voluntades otorga poder, que de inmediato apela a responder para qué se desea obtenerlo. La voluntad de los seres humanos, decía Napoleón, se mueve por dos resortes: el interés y el miedo. El interés puede ser mezquino o legítimo. Sobre el primer caso, me resulta poco atractivo diser-

tar en este ensayo. Luego entonces, la preocupación inicial y fundamental es ¿Cómo es posible detonar y engrandecer la voluntad humana, fruto de un interés digno y legítimo que repercuta en una transformación del espacio público?

La respuesta parece simple desde una lectura racional. Construir y promover una idea, un programa, un proyecto que apunte hacia un mejoramiento justo de la vida social y colectiva de un pueblo. Sin embargo, no es suficiente. Esta racionalidad permite la claridad mas no el arraigo en las pasiones humanas; asidero obligado si una idea pretende sostenerse después de ser sometida a la mayor prueba de todas: la desilusión. El primer síntoma de la experiencia política es precisamente la desilusión. Nuestras expectativas serán siempre mayores, frente a aquello que la realidad nos puede ofrecer. Vencer la dureza de la imposibilidad exige más que voluntad o una idea racional por muy clara que ésta sea. Debe mediar una idealización para mantenerse en pie la voluntad política que recurrentemente flaquea.

Las pasiones humanas, se dirá, son el conductor por el cual una idea echa raíces. Pero aquellas no son más que el síntoma de un fenómeno de mayor profundidad, pues hay algo previo que las enardece. Me refiero a la fuerza simbólica de la significación que tiene su principal encarnación en el mito. No existe un fenómeno simbólico tan poderoso como la sacralización a través del mito. En toda ideología

subyace siempre un relato mítico que late debajo de su epidérmica abstracción; río subterráneo que nutre de la fuerza necesaria, aunque sea conceptualmente inexplicable, pero que otorga, de forma incomprensible, sentido a las acciones. Las pasiones humanas son el instrumento con el cual sostenemos la idea, pero ellas sólo pueden incendiarse a través de un proceso irracional, más profundo. La mayoría de las veces no somos conscientes de ese fenómeno inframundo.

Por eso requerimos de un lenguaje propio de la imaginación. Lo sagrado sólo puede ser invocado desde un lenguaje de ensoñación; único puente para enlazar la realidad concreta con su idealización. Esa fuerza, que también sirve para amalgamar esos dos mundos, es el lenguaje poético, pues todo inicio es siempre épico. Exige un impulso creador que sólo la imaginación es capaz de otorgar. Sobre todo cuando la realidad abandona su cualidad para interpelarnos; entonces apremia la savia del misterio para alimentarla. Por eso los antiguos griegos asumieron el sortilegio del Caos como el origen de todo. Nada como el mito del Caos para hospedar aquello sin inicio ni final. No se preocuparon por tener las respuestas de una causalidad racional del principio del tiempo o de la historia.

Esa conversión de la ideología como depositaria de una esperanza transformadora de la realidad social y política, bien puede resumirse como la conversión de las ideas en un acto de fe. La teoría deja de

ser únicamente un sistema lógico para transitar hacia un sistema de creencias. Se logra la conexión de la argumentación racional con las emociones colectivas. Sólo entonces un planteamiento político podrá influir en una gran masa para que invada y dispute el espacio público. Así es como distintos elementos se reconocen en una compleja unidad, a la vez frágil y sólida, de condiciones objetivas y subjetivas: el mito, la idea de cambio, la suspensión del miedo, un grupo organizado, la necesidad; todo acontece al mismo tiempo.

Esta unidad es frágil en tanto es insostenible por mucho tiempo, pero sólida por la fuerza con que irrumpe, la espontaneidad con la que llega. En ese breve tiempo se genera un fenómeno que bien puede denominarse religioso, por lo poderoso, lo detonante de la voluntad humana, lo inexplicable e impredecible, pero también porque la raíz latina de religión es *re*, prefijo que indica intensidad, y *ligare*, del verbo atar, unir; por lo tanto, *religare* se traduce como una fuerte unión, en este caso no a un Dios, sino a una idea, que representa cambio, transformación. Se configura así un ente colectivo que se erige en gran medida por medio de una *epifanía política*, nunca por decreto de una vanguardia revolucionaria o inspiración de un líder.

Sin embargo, este fenómeno tendrá siempre la necesidad de concretarse, encarnar, ya sea en un liderazgo o una estructura colectiva. Exige y debe

materializarse, es decir, la representación simbólica sólo puede manifestarse en el cuerpo de un líder o en una organización política. Esto último, cuando se logra un proceso de institucionalización del poder. Cuando no es así y el poder encarna en el cuerpo de una persona, invariablemente conduce a una encrucijada, pues el líder está impedido para heredarlo, dado que el consenso entre las fuerzas para que él dirija, en gran medida se debe al consenso implícito, sobre que ningún otro podrá dirigir mejor; si él envejece, también lo hace su poder, el destino trágico es una severa crisis, en el momento de su ausencia.

La fuerza del mito es la única posible de movilizar y de sumar la voluntad humana bajo un proceso de enamoramiento colectivo, por encima de un interés mezquino y capaz de suspender el miedo, en un temporalidad excepcional.

Bajo la conducción del jefe carismático las preocupaciones económicas dejan paso al libre despliegue de la fe y el ideal, a una vida de entusiasmo y pasión. Weber atribuye todas estas cosas al jefe, a sus virtudes. En suma, comete un error semejante al que cometemos nosotros en el enamoramiento: atribuir la experiencia extraordinaria que estamos viviendo a las virtudes de la persona amada. (Alberoni, 2008: 11).

En resumen, un líder carismático no aparece de manera espontánea en escena para dirigir. Aquel se forma, se mimetiza y responde a una necesidad colectiva; es más un reconocimiento mutuo, una suerte de entendimiento entre la masa y el mito encarnado ya sea en una persona o una estructura política. El mito no se crea ni se destruye, simplemente *es*.

Es necesario señalar la diferencia entre mito y utopía, muchas veces usados indistintamente, lo que contribuye a su confusión. Utopía, el *no lugar* imaginado, posible de ser soñado por un genio o un grupo egregio. A pesar de apremiar formas estilizadas para conmovir, si es que pretende un llamado a las masas; su esencia no es otra cosa que la claridad de rumbo. A diferencia del mito, que se encuentra rodeado de misterio. El mito permite la fuerza, pero es insuficiente sin la utopía, ambos se necesitan. Aquel para mover voluntades, la utopía para darle una dirección. Su conexión es posible según la capacidad organizativa de la fuerza *jacobina* -aludida por Gramsci- o un grupo egregio -referido por José Ortega y Gasset-, obligados a concretar y encarnar la voluntad colectiva. Lenin la denominará como la vanguardia revolucionaria. Luego entonces, desde una lectura bergsoniana¹, tenemos al mito como instinto, como el impulso vital, y a

¹ “Por instinto entiende Bergson una facultad, presente en los hombres y en los animales, que consiste en utilizar instrumentos naturales, es decir, no creados artificialmente. Por esta razón

la utopía como la inteligencia, el rumbo que hay que asumir. La síntesis de ambos es la intuición abrevada en una organización política o un líder carismático.

Un claro ejemplo de esto, es la obra de Carlos Marx, quien elaboró una de las más grandes utopías que incendió buena parte del siglo XX. El comunismo se regó en todo el orbe, pero sólo floreció donde las raíces del mito nacionalista lograron reconocerlo. Hubo otras utopías como el fascismo que en algunos países disputaron y ganaron esa fusión con el mito nacionalista, concretada en la toma del poder. El comunismo fue construido además, sobre otro mito más antiguo: el mesianismo judío, que establece la redención del salvador para librarnos de los males de este mundo.

Para el caso mexicano, la utopía comunista llegó tarde al teatro de la historia nacional. Una fuerza política organizada, emergente de un proceso revolucionario, expropió el mito nacionalista, antes incluso

permanece siempre en contacto directo con las cosas; su acción es espontánea, casi que inconsciente. La inteligencia, en cambio, es una facultad desarrollada de modo preferentemente por el hombre a fin de dotarse de instrumentos artificiales en su lucha contra la naturaleza o contra otros hombres [...] Hay cosas –afirma Bergson– que sólo la inteligencia es capaz de buscar, pero que, por sí misma, no encontrará nunca; aunque a continuación añade: sólo el instinto las encontraría, pero jamás las buscará. De ahí se deduce que la verdadera facultad cognoscitiva no reside ni el instinto ni en la inteligencia, sino en la fusión de ambos, esto es, en la intuición”. (Bergson, 1994: IV)

de la fundación del primer Partido Comunista Mexicano en 1919. La familia revolucionaria se adelantó con la Constitución de 1917 al establecer las bases del Estado-Nación, y convocar e incluir –por lo menos formalmente- a todas las clases sociales del país.

Esa casta política logró institucionalizar el poder a través de un partido que terminó por hegemonizar la vida social y política de México. Las masas obreras, campesinas, al igual que las clases medias, fueron organizadas en torno al mito nacionalista, hasta inicios de los años ochenta, cuando las élites lo abandonaron, para impulsar e imponer el modelo neoliberal; entonces vino la fractura interna del Partido Revolucionario Institucional (PRI), y en la figura de Cuauhtémoc Cárdenas encarnó el mito nacionalista con una nueva utopía para las izquierdas: la democracia, por el lazo consanguíneo con Lázaro Cárdenas –ícono del nacionalismo-, y por su disputa interna por democratizar el partido autoritario.

En esas elecciones de 1988, las masas castigaron electoralmente al PRI, para volcarse, no por un proyecto de izquierda –al menos no de manera consciente-, sino por el retorno al viejo modelo nacionalista. En el año 2000, tampoco se puede hablar de una derechización de la sociedad mexicana al votar a un candidato panista, sino que fue preferentemente una apuesta por la democracia, tan regateada y postergada. El liderazgo de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) se explica gracias a este fenómeno de la

encarnación en su persona, del mito nacionalista. Ambos, tanto Cuauhtémoc como Andrés Manuel salieron de las filas priistas, se formaron en ese imaginario nacionalista. Cuando los tecnócratas se apoderaron del partido oficial y abandonaron el mito, surgieron esos nuevos liderazgos que han sido los únicos candidatos de las izquierdas con posibilidad real de ganar la Presidencia.

Lo más probable es que AMLO gane la Presidencia este 2018, pero de no ser así, será su última oportunidad como líder político y sólo podrá aspirar a tener un liderazgo moral; sin embargo, el mito seguirá vivo. En espera de un nuevo proyecto, utopía, personaje carismático para cobrar forma e irrumpir en la vida pública. Si llega al poder, la mitad de su sexenio será el punto de quiebre para que el mito se recicle en un nueva expresión política, muchas veces aparecida primero como un fenómeno social, para después convertirse en político.

Esta es otra de las diferencias sustanciales entre el mito y la utopía, pues ésta última se forja y construye, mientras que el primero sólo es posible reconocerlo, ubicarlo. Hay que aclarar que la construcción de una utopía no es capricho de un genio solitario. Exige también en primer orden, *sensibilidad* de quienes le dan forma, para lograr su conexión con las emociones colectivas de un pueblo; *realismo*, para garantizar su viabilidad y un punto de partida creíble; capacidad de *interpelación* hacia sus contemporáneos, para

sumar voluntades, puesto que cualquier programa político que pretenda trascender a su autor o autores originales, está obligado a recoger e incluir las necesidades de diferentes clases y sectores sociales.

Cierto es que el *no lugar* no existe, por lo que desde una estructura lógica es insostenible. Por eso requiere del misterio del mito, para trascender la razón y apoyarse en la voluntad. Pero las emociones no pueden conectarse más que en un proceso comunicativo, el lenguaje juega entonces un papel estratégico, de ahí que se deba reinventar su materia prima: las palabras, que son en primer orden, imágenes.

Se trata de aprender a reconocer el mito, prestar atención a la realidad concreta, y de igual forma, a las condiciones subjetivas para superar la idea de una vanguardia iluminadora, sin suprimir, claro está, la responsabilidad de quienes tienen una formación intelectual y política. Es menester de quien asuma la labor de teorizar, aprender a ser el portavoz y mediador, pues el mito es algo muy parecido a las fuerzas histórico-sociales que oprimen a los sujetos, existe antes de eso, bajo dinámicas propias e independientes de los actores que lo encarnan.

Cuando el mito y la utopía logran reconocerse, sucede una tensión permanente, aunque la primera fase se da bajo una dinámica más armoniosa entre ambos, denominado por algunos autores como confabulación. Sobre esto, Ramon Xirau expone magistralmente:

Lo que Bergson afirma, en primer lugar, es que el hombre es un ser social y que, en cuanto tal, siente la presión de la sociedad y de la religión también estática que mantiene a la sociedad unida. [...] La obligación es, por una parte, un hecho innegable anudado a nuestro ser social. Es también una necesidad de la vida social. Lo que Bergson no cree, en oposición aquí a la moral kantiana, es que la obligación sea la base de la más honda moralidad, la moralidad dinámica que surge de nuestra conciencia libre. [...] La sociedad no excluye la soledad, la intimidad y la conciencia individuales. [...] El hombre, ser inteligente, de hecho es condenado. Y es que la inteligencia es inquisitiva. Se pregunta por qué trabajamos, por qué obedecemos. [...] Y al hacerse esa pregunta, la inteligencia se hace peligrosa al poner en peligro a la sociedad, al hacer que el hombre que la emplea quede perplejo y dudoso ante sus obligaciones [...] Ahora bien, frente al carácter interrogativo, la inteligencia misma se pone al servicio del instinto social y desarrolla una nueva facultad especialmente destinada a proteger la sociedad que ella

misma ha puesto en peligro. Esta facultad de una inteligencia protectora de los hábitos e instintos sociales es lo que Bergson llama **función fabuladora** (Xirau, 1990: 363-364).

Habita en el seno de la condición humana, un doble carácter que emana de la capacidad racional-emocional indisolubles en la vida misma. “El alma jamás intelige sin el concurso de una imagen” nos dice Aristóteles. Esto convierte al ser humano en solitario y gregario al mismo tiempo. La inteligencia lo lleva a los márgenes de su individualidad frente a cualquier otro ser, es capaz de reconocer su soledad ontológica en este breve tránsito llamado vida y esta conciencia lo hace crítico; sin embargo, producto de esa misma capacidad racional, logra producir un imaginario colectivo suficiente para ligarlo, unirlo a una comunidad, un ejemplo de esta fabulación son las canciones populares, las leyendas, los mitos, la poesía. Otro autor, Lluís Duch, argumenta al respecto:

Henri Bergson analizó un hecho aparentemente muy sencillo: con la colaboración de su instintividad específica, el animal –afirma- mantiene la cohesión social y la continuidad de la vida. En el ser humano, la función del instinto es ejercida por la inteligencia, que es una

facultad analítica y que tiende a la disociación, y, por eso mismo, resulta destructora de la armonía narrativa de los humanos. Es necesario, por tanto, que aparezca en el ser humano algo que actúe como contrapeso a la actividad de la inteligencia. Este “algo” es para Bergson lo imaginario, que tiene como misión la articulación de la **función fabuladora** y narrativa de las conductas religiosas y familiares de los humanos. A causa de su carácter abstractivo, la inteligencia, según su interpretación, tiene la propensión a separar al individuo humano del grupo y, al mismo tiempo, lo repliega sobre sí mismo, destruyendo o, al menos, debilitando los vínculos sociales y comunicativos (Duch, 2012: 27).

Es decir, antes de la gran construcción ideológica de la utopía, debe prepararse el suelo fértil de una narrativa fabuladora; en resumen, si lo que se pretende incendiar es la imaginación colectiva, para así reconstruir la utopía, primero hay que alimentar las narrativas sobre las que se sostiene. Para ello, es preciso reforzar la praxis fabuladora. Así, en el preámbulo de una gran revolución social asoma cabeza una revolución cultural alimentada por esa misma

ruptura política. La labor fundamental en estos procesos de praxis fabuladora recae en el personaje más enigmático de la especie humana: el poeta, una suerte de profeta que prelude el arribo de lo nuevo, precisamente en medio de aquello decadente.

Octavio Paz describe esta tarea propia de la poesía en el imaginario social. Para el poeta el lenguaje poético es previo incluso al habla misma. “La prosa es un género tardío, hijo de la desconfianza del pensamiento ante las tendencias naturales del idioma. La poesía pertenece a todas las épocas: es la forma natural de expresión de los hombres. No hay pueblos sin poesía; los hay sin prosa. Por tanto, puede decirse que la prosa no es una forma de expresión inherente a la sociedad, mientras que es inconcebible la existencia de una sociedad sin canciones, mitos u otras expresiones poéticas” (Paz, 2015: 68-69).

Querer destruir lo establecido es una tarea que exige mística, por lo que pretender mejorar las cosas, bajo la lógica y dinámica de los intereses ya creados y enquistados es únicamente demagogia.

La institución tiene horror del estado naciente. Es lo único que teme porque es lo único que con su aparición conmociona los cimientos. Desde el punto de vista de la institución el estado naciente es, por definición, lo inesperado, pues su lógica es diferente de la vida cotidiana

[...] Todos los mecanismos sociales, toda la sabiduría de la tradición tienen un sólo fin: tratar de apagarlo. (Alberoni, 2008: 85).

Decidir transgredir el orden establecido se da en un momento de definición espontánea, que sin embargo, sintetiza un proceso acumulativo en las orillas de la conciencia. No somos conscientes de esa preparación emocional que apunta hacia la liberación y reafirmación de la vida, abrumada por la rutina, los intereses mezquinos, la burocratización de la existencia misma. Al igual que en el enamoramiento personal, no nos enamoramos porque deseamos, sino porque estamos en condiciones de hacerlo, de igual forma, el estallido social acontece cuando se han propiciado las condiciones para ello. Sobre esto no hay control. No somos dueños de su creación, pues son fuerzas como las del mito; independientes a una lógica racional.

La labor del poeta es fundamental. Es él quien puede detonar esa carga emotiva, interpelar al deseo de cambio, desbocar su cauce, o por lo menos, hacer patente los primeros pasos para lograr una comunión colectiva desde el lenguaje poético y religioso. No es gratuita aquella escena fundacional en la historia de nuestro país, en el grito de Dolores en 1810: el cura Miguel Hidalgo asido al estandarte de la Virgen de Guadalupe, mientras apelaba al estallido social.

También la sintonización de la canción *Y después del adiós*, en las estaciones de radio de Lisboa, Portugal, a las 22:55 horas, del 24 de abril de 1975, para detonar lo que sería la última Revolución en Europa, dirigida por integrantes del ejército portugués.

En el instante en que estalla la lucha social y política, se vive un idilio en el que la imaginación, el deseo, el ideal, invaden la vida cotidiana. Es un tiempo suspendido en la historia que sin embargo, la define; fuente inagotable de significados para todos los presentes y futuros posibles. ¿Cómo reconocer, entonces, cuándo la vida ha triunfado? Por la alegría². Síntoma inequívoco de la libertad. En consecuencia la vida se reafirma, se colma toda, por eso los intereses egoístas son desplazados en esa temporalidad. Una característica del amor es precisamente su capacidad de vencer el miedo y el odio en el momento de su irrupción. Nos libera de la pesadumbre de la vida, de todo aquello que convierte la existencia en una pesada piedra de Sísifo.

² Sobre esto, Henri Bergson afirma lo siguiente: “Los filósofos que han especulado sobre la significación de la vida y el destino del hombre, no han notado lo suficiente, que la naturaleza se ha tomado la molestia de informarnos sobre sí misma. Ella nos advierte, por un signo preciso que nuestro destino está alcanzado. Ese signo es la alegría. Digo la alegría, no digo el placer. El placer no es más que un artificio imaginado por la naturaleza para obtener del ser viviente la conservación de la vida; no indica la dirección en que la vida es lanzada. Pero la alegría anuncia siempre que la vida

Se adquiere conciencia de la libertad, se añora, se pelea, se da la vida por ella. Los pueblos han adquirido conciencia de su libertad en un proceso muy lento dentro del avance penoso de la historia. Su acumulación no se detiene jamás, pero no sabemos el momento justo cuando ocurrirá la *epifanía política*. El humano es un ser *dilemático*, y uno de sus más grandes dilemas es la guerra descarnada entre la libertad y sus miedos. En el momento en que es desterrada la sombra del miedo, aunque sea en un breve tiempo, sólo entonces la vida ha triunfado. Puede así, renovarse, reafirmarse, expandirse. La inercia cede paso a la creación.

Pero mientras eso ocurre, nos corresponde contribuir a describir el contexto, a reconocer los mitos, a construir programas ideológicos, a asumir un compromiso social cotidiano. El problema con la libertad, al igual que la gran mayoría de los sentimientos colectivos y personales, es que no tienen nunca un sentido por sí mismos, no van hacia ninguna parte, por eso, para consumarse como epifanía, reclaman el elemento de la alternativa, algo que indique una superación de lo existente, de lo establecido,

ha triunfado, que ha ganado terreno, que ha conseguido una victoria: toda gran alegría tiene un acento triunfal. Ahora bien, si tomamos en cuenta esta nueva línea de hechos, hallamos que por todas partes donde hay alegría, hay creación: más rica es la creación, más profunda es la alegría”. (Bergson, 2013: 2)

dentro de los límites de lo posible. Un paso previo a la utopía misma.

La utopía es el lugar al que no llegaremos nunca, pues no existe, aunque alimenta el deseo y ensancha el horizonte, nos ayuda a caminar, como ya se ha dicho innumerables veces, pero es un paisaje enorme que muy pronto se vuelca en páramo pues exige caminos asequibles, viables, por lo menos alcanzables. Esto es, una alternativa política. De nuevo la figura del líder adquiere relevancia, al igual que un programa político. Friedrich Katz, en su libro *Pancho Villa*, resume de manera genial en tan sólo tres cuartillas, cinco elementos obligados -que él denomina como precondiciones-, en vísperas del estallido de una revolución social. En la que el papel de la alternativa política es estratégico.

- 1) Un descontento social por las condiciones políticas, económicas y sociales, que involucre a diferentes clases sociales.
- 2) Una amplia politización del pueblo.
- 3) Crisis de legitimidad del régimen imperante.
- 4) La aparición de una alternativa política.
- 5) La percepción de debilidad del régimen imperante.

El descontento es el elemento más común, de igual forma, el más insuficiente, pues los problemas y las carencias en el espacio público siempre serán

soportables mientras en la vida privada haya un mínimo de consuelo³. Por lo que el umbral de tolerancia se amplía en muchas ocasiones hasta en excesos insospechados, como sucede en algunas sociedades como la mexicana. Estar descontento sólo alimenta la frustración y el egoísmo. Traducido principalmente en cinismo para poder digerir su veneno. El descontento sin más, produce rencor social, malestar, pero nunca esperanza, es por lo tanto, el peor de los ánimos. Se requieren otros elementos para generar un estallido social, con mayor razón una revolución. Ya que el miedo no es posible vencerlo con resentimiento.

El fenómeno de politización en amplios sectores sociales es un proceso en el que los medios de comunicación tradicionales y alternativos adquieren un papel preponderante, ya sea para politizar o despolitizar, pero también hay un proceso de acumulación de conciencia política, relacionado con procesos que atañen directamente con la conciencia histórica, de los que no hay un control voluntarista, sin importar el poder que se detente. Es decir, que la acumulación de la memoria histórica no la detiene nadie. Si acaso, sólo se podrá retrasar.

³ Esta percepción de la vida es muy recurrente en culturas donde el individualismo es predominante o existe un desprecio hacia el espacio público, en ambos casos, sólo obnubila la relación dialéctica entre lo público y lo privado, con su consecuente afectación al espacio íntimo, sin darnos cuenta de ello, pues no se ha adquirido conciencia de los efectos contrarios de esa visión de la vida.

La generación del 68 en nuestro país tenía un alto nivel de politización producido por diversos movimientos sociales anteriores, algunos triunfantes como la Revolución cubana (1959), otros, la gran mayoría, derrotados -como el movimiento ferrocarrilero en México (1958)-, que sirvieron para exhibir el rostro autoritario del régimen priista e interesar a una generación completa sobre los asuntos públicos.

Otra causalidad del fenómeno de politización, es cuando se abre la política e involucra a las mayorías, esto se genera principalmente por la coyuntura política, pues obliga a esas mayorías a interesarse por los asuntos públicos. Por ejemplo, la convocatoria al Constituyente de la Ciudad de México (2016); de ahí que la clase política dominante hiciera todo lo posible para secuestrar la política; reducirla a los márgenes de la partidocracia, precisamente para impedir la politización entre amplios sectores de la población. Lo cual logró con gran éxito. Otras veces son las catástrofes naturales, que como coyuntura política, sacuden la conciencia y politizan, como ha ocurrido con los terremotos de la Ciudad de México (1985 y 2017). El espacio público deja de ser monopolio de los políticos profesionales; interesa y obliga al resto de la sociedad.

La crisis de legitimidad es producto muchas veces de la incapacidad política de quienes gobiernan, aunada a un cisma entre el grupo dominante. La mayoría de las revoluciones son antecedidas por una

disputa entre el bloque hegemónico. En 1789, la burguesía francesa vio la oportunidad de sacudir el régimen aristocrático para encumbrar un nuevo sistema de dominación. En el caso de la Revolución mexicana, Womack lo expresa de la siguiente manera: “[...] se produjo porque los políticos encumbrados del país no lograron ponerse de acuerdo, manifiestamente, en lo tocante a quién habría de gobernar cuando muriese el presidente Porfirio Díaz.” (Womack, 2011: 8). Los llamados científicos no aceptaban el liderazgo militar de Bernardo Reyes. Y será un hacendado, enfrentado con el resto de la oligarquía, quien encabece el cambio político: Francisco I. Madero.

Las fracturas dentro de las élites dominantes representan casi siempre una fuerte sacudida al régimen establecido, pero por sí solas no desembocan en revolución, muchas veces terminan únicamente en golpe de Estado o en transiciones políticas sin una transformación social. La ilegitimidad también se respira en el aire cuando las decisiones de los gobernantes no se acompañan con la ley o se abusa del poder. Al final, es también un motivo frágil -cuando se encuentra solo- para un estallido social, ya que el miedo repara de inmediato la duda generada por la ilegitimidad.

La alternativa política es la condición más intrincada de lograr, ya que exige muchas condiciones al mismo tiempo. En primer orden, la aparición de una propuesta de cambio, con la garantía de mejo-

rar lo que ya se tiene. Un programa político sencillo, asequible para cualquiera, con un mensaje dúctil. Sufragio efectivo, no reelección (Madero en 1910), Pan y paz (Lenin en 1917). Pero sobre todo liderazgos, pues la conexión emocional colectiva entre las grandes masas y una idea, no puede realizarse en lo etéreo. Tiene que mediar su encarnación física. Pues se requiere ver, tocar, escuchar esa idea en voz de alguien para lograr la conexión.

Cierto es que axiológicamente es mejor su concreción en una estructura política y no en personalidades, pues eso evita el caudillismo, que tanto daño ha causado en nuestro país, pero es mucho más complicado lograrlo. Esta es una de las grandes encrucijadas de la historia y la política.

Para que la demanda política de cambio, no se reduzca a una simple revuelta social, se requiere de la utopía, pues ensancha la mirada, permite atalayar por encima de lo inmediato, y si todo ello descansa en una fuerza mítica, tan sólo resta como decía Lenin, la chispa para incendiar la pradera.

Una vez que todos los elementos anteriores entran en juego, vencer el miedo se produce como resultado de casi cualquier acontecimiento, por más insignificante que parezca. Por eso luego no logramos explicarnos por qué una simple pelea callejera en el año de 1968, derivó en uno de los grandes movimientos sociales en México, o como aquella negativa de levantarse de un asiento asignado para los blancos en

el transporte público (1955), devino en distintos movimientos sociales por el reconocimiento de los derechos civiles y políticos de los afroamericanos en EEUU.

No todos los movimientos sociales son idénticos, ni operan bajo la misma lógica y dinámicas. Precisamente la analogía de Alberoni entre el enamoramiento de dos personas y el estallido social o revolucionario, nos indica la singularidad de cada uno de los fenómenos sociales. El libro que tienes en tus manos no busca elaborar un manual o ruta a seguir sobre cómo se generan o se pueden generar los movimientos sociales, pero lo que sí pretende, es tratar de entender las dinámicas que se desatan y las condiciones que posibilitan el engrandecimiento de la voluntad humana para destruir y crear una nueva realidad social y política.

El tejido de Penélope

Apuntes

Veo una crisis ideológica, pero no por carencia de teoría, sino por su desvinculación con la práctica

El único principio para iniciar una travesía política será siempre desde el lenguaje.

Desentrañemos el lenguaje para imaginar la utopía.
Recuperemos la política para vivir la utopía.

Los problemas y la severa crisis de las izquierdas en México son de enorme magnitud. De ese tamaño debe ser cualquier intento para sacarlas del marasmo en que se encuentran, fomentado por un pragmatismo o una orfandad ideológica. Aunado a esto, los distintos discursos puristas producen un enorme daño y aseguran el camino hacia la intolerancia, con su desembocadura en un archipiélago ideológico que únicamente alimenta los monólogos de cada pequeña isla. Todo ello imposibilita la más mínima unidad política entre ellas.

Ante eso, lo que queda es deshacer las ideas consumadas. Como Penélope, que en el día tejía para en la noche deshacerlo; retrasar con ello el ultimátum de un compromiso matrimonial y mantener así, viva la esperanza del regreso de Odiseo. Con esa misma actitud entre la esperanza y el deshacer lo ya hecho, quienes pretendan reconstruir el rostro ideológico de las izquierdas, deben asumir esa labor. No dar por sentado ningún concepto o definición política. Es necesario abrir las palabras para que nos permitan resignificar la realidad.

Previo al derrumbe del socialismo real (1989), la teoría marxista padecía una grave crisis de dogmatismo. Esa petrificación de sus conceptos fue magistralmente descrita por José Revueltas a lo largo de su literatura; con personajes más parecidos a un predicador religioso que a un activista político. Una cosa es reconocer la importancia de las emociones colectivas, la fuerza del mito y el papel de la representación simbólica, los cuales no pueden ser comprendidos desde una fría racionalidad, por lo que el lenguaje poético y religioso resultan más cercanos a ese tipo de experiencias, y otra cosa muy distinta es hablar de la momificación conceptual derivado de un dogmatismo ideológico.

Recurrir al lenguaje religioso para detonar la fuerza mítica de las ideas, es apelar al misterio que constituye una parte importante de la política. Reconocer su subjetividad, para utilizarla como el mejor antídoto contra el dogmatismo, los intereses mezquinos y acrecentar la voluntad humana. Por lo que, recuperar la palabra *religión* es parte de ese ejercicio de abrir los conceptos, desentrañarlos para que nos ayuden a interpelar la realidad actual. Sin temor al uso del lenguaje, debemos derruirlo todo, para iniciar una nueva travesía política. Es por eso que en este ensayo me he propuesto abrir la discusión de algunas palabras y conceptos como líder, ética y política, nacionalismo, mito, sin concluir el debate, a sabiendas de que hay otras tantas

como partido político, democracia, vanguardia revolucionaria, programa político, poder, que igual ameritan futuras discusiones.

El dogmatismo atraviesa siempre por un discurso de pureza, mientras que la política se hace con humanos y los humanos somos imperfectos; esencialmente contradictorios. La confabulación utópica es más una medida de lo humano como meta, que una verdad. Sustituir la condición humana por abstracciones bien intencionadas, es condenar su implementación, que debe ser un proceso de transformación, como fin último, hacia la modificación de la conciencia, pero nunca un traslape automático que únicamente allana el discurso ideológico purista. Hay experiencias de religiones liberadoras, que ayudan a normar sobre principios éticos, la conducta humana, y hay experiencias de ideologías políticas cerradas a la vida, dogmáticas.

El reconocimiento de la totalidad concreta para la reconstrucción ideológica, debe ser a partir de un doble realismo (histórico y político) para que trascienda a su autor. México es un país conservador. Con un impresionante umbral de tolerancia por los abusos de poder, que raya en la indolencia. Ningún candidato ideal (soñado) de izquierda ganará una elección, debemos aprender a imaginar una disputa más allá de nuestro propio marco normativo personal o de grupúsculo. Muchas veces en una contienda electoral vemos con desánimo (los que

nos hemos formado en el imaginario tradicional de izquierda) la oferta política, ya que anhelamos un candidato a la medida de nuestras expectativas discursivas e ideológicas, aunque sea imposible que convenza electoralmente a las mayorías.

Construir un programa político es aprender a escuchar a la gente, partir de sus necesidades y su imaginario, aunque la utopía obligue ir más allá y el eslabón último sea superar los límites de la conciencia. El caso del Partido Comunista Italiano (PCI) es un claro ejemplo de lo anterior, al final de la Segunda Guerra Mundial

La alternativa era la siguiente: o bien el PCI como el partido de la clase obrera, debía limitarse a ser el representante de los intereses de ésta última [...] o bien se convertía en el punto de encuentro de una masa en gran medida heterogénea [...] Una alternativa similar surgió en Sudáfrica en los años que precedieron al fin del Apartheid, cuando la escena política estaba dominada por una disputa cuyos dos polos eran denominados, curiosamente “obrerista” y “populista”. El debate italiano estaba claramente basado en una cuestión más amplia: cómo construir una nación italiana. (Laclau, 2006: 227)

Ética y política

La relación tortuosa entre ética y política ha sido un tema relegado por la izquierda, que ha optado por lo políticamente correcto; un discurso más cómodo y auto complaciente, aunque de menor cosecha crítica y formativa. La ética está siempre presente en la política, pues no sólo adorna los discursos, sino que empíricamente legitima el poder al sumar voluntades ya sea por convencimiento o por resignación, según los límites del margen ético.

Se obedece por miedo, convencimiento o por ambos, pero de ser sólo por uno, la obediencia es frágil. El convencimiento apela a un marco ético, no se tiene que estar plenamente convencido, puede ser por resignación, tampoco debe ser un miedo cercano al terror, con la angustia de perder lo poco que se tiene es suficiente.

Por eso ningún político niega públicamente el valor de la ética, aunque no corresponda con sus actos lo que pregona -salvo que cometa suicidio político-, pues a pesar de que no cuente con un gran prestigio como figura pública, buena parte de la sociedad omitirá su incongruencia en tanto no exhiba aquello que lacera a la vista de todos, mientras que en las sombras sirve para “justificar”⁴ un comportamiento disfuncional de muchos.

⁴ La violación cotidiana de la norma, es una práctica social, que en gran medida la justifican -quienes así lo hacen-, por la incongruen-

Toda conducta humana está siempre justificada éticamente -salvo en los periodos de crisis, cuando los valores se invierten-, de lo contrario, quedaríamos paralizados por el conflicto interno permanente. Una persona que violenta la norma, al pasarse el semáforo en rojo, lo hace desde una justificación personal, disfuncional pero conveniente y práctica. Por eso, muchas veces es violenta la respuesta de quien es sorprendido en la falta a la norma, pues elige enfrentarse con el mundo, antes que consigo mismo.

El problema con este tipo de pragmatismo (político), es que resulta eficaz en la preservación del poder, pero nulo para una transformación social profunda, pues la hipocresía discursiva basada en el divorcio práctico entre ética y política, envilece y achica la voluntad humana; se participa en el espacio

cia del sistema social en el que viven. Si quienes gobiernan, roban sin castigo alguno, propicia un sistema desigual e injusto, lo que facilita la proliferación de discursos que legitiman acciones fuera de la norma. Se construye así, una narrativa ética paralela. También están los que actúan conforme a una ética redentora, expiatoria, que suele confrontarse a otros discursos éticos por medio de la violencia. Es el caso del franquismo en España, durante la Guerra Civil: “Es difícil conciliar la visión de Franco como patriota magnánimo con el lenguaje psicopatológico utilizado por los franquistas para representar a sus compatriotas de izquierda como seres infrahumanos: canalla, sucia, asquerosa, pestilente, depravada, chusma, putas y criminales. Este lenguaje justificaba la necesidad de <<purificación>>, eufemismo de las más amplia represión física, económica y psicológica.” (Preston, 2014: 312)

público únicamente por un interés mezquino, se construye una red de intereses que suele aplastar la vida pública. Los liderazgos no seducen ni enamoran con sus ideas, sólo cooptan, amagan, convienen, resignan.

Pero también lo anterior, ha generado una respuesta discursiva dañina para la praxis de quienes intentan construir alternativas políticas, pues desde el otro extremo de esta problemática, se construye una narrativa que sobre carga la ética y asfixia la política. Respuesta legítima, pero de muy escasa efectividad, ya que fomenta lecturas puristas de la realidad, en las que sólo tienen cabida los mártires y la marginalidad inmaculada. La única manera de permanecer impoluto en el quehacer político, es no haciendo política. Aunque para no perder la brújula en el quehacer, se requiere siempre del discurso ético; contrastar desde un marco normativo para señalar aquello que se puede y debe mejorar. Es decir, la ética como una guía, y no como sustituta de la política.

Se trata de lograr un equilibrio entre lo efectivo de la política y la medida normativa de la ética. El ejercicio de la crítica es fundamental para lograr esa conciliación. Entender que la política es el arte de lo posible, y la ética de lo deseado. Tenemos que aprender a conciliar ese realismo avasallador con el deseo de superarlo, sin que el primero envilezca, ni lo segundo asfixie.

La crítica es el respiro de las pasiones políticas; para *ser*, debe despojarse de fobias y filias, situarse en medio de la apología y la diatriba. Debe ser irrenun-

ciable, no importa qué proyecto, utopía o liderazgo se apoye. Pero sucede que abunda la supuesta crítica, como ariete de quienes sustentan ese discurso purista, paradójicamente los que jamás construyen nada políticamente. Desde su poltrona académica, o en las orillas de lo marginal, con el único consuelo de regodearse en su santificación ideológica.

La crítica debe ser para mejorar, pero sobre todo para evitar convertirse en aquello que se intenta combatir. Señalar sin desprecio, enunciar con sustento, lo menos subjetivamente⁵ posible. Las derechas tienen mayor eficacia precisamente porque suelen ser más compactas en la defensa de sus intereses. Todos sus conflictos y diferencias internas se suspenden en tanto disputan o retienen el poder. Cierto que no siempre es así, pero sí con mayor frecuencia respecto a las izquierdas en México, divididas, confrontadas la mayor parte del tiempo.

Es importante advertir que el límite de la crítica -para no caer en la tentadora seducción del sectarismo y divisionismo-, es el momento de la definición política. La crítica sirve para mejorar nuestras acciones, pero hay un instante cuando dicha defini-

⁵ No creo en la objetividad científica, por lo tanto, menos para el campo teórico-práctico de la política; sin embargo, eso no debe eximirnos del esfuerzo intelectual de mirar la realidad política por encima de nuestros intereses particulares y de grupo. Sin pasiones. Con un balance crítico, es decir, reconocer vicios y virtudes de lo que observamos.

ción está por encima de la crítica: estar a favor o en contra. Todas las organizaciones sociales y políticas tienen carencias, errores, pero cuando se atenta contra ellas el cierre de filas debe ser unánime. En caso contrario la crítica no mejora, destruye.

Lo primero que debe asumirse éticamente, es responder la duda sobre la importancia y la necesidad de la efectividad y la eficacia políticas, así como reconocer los límites de las mismas. Quienes asumimos la labor política desde un referente de izquierda, desde una utopía para mejorar la realidad social, emancipar la conciencia ¿Necesitamos de la efectividad política, de ese realismo desencantador? En caso de que la respuesta sea un NO ¿para qué hacer política entonces? Sólo para transformar dirán algunos, pero no para disputar el poder.

Este tema está muy ligado a la disyuntiva que ha predominado en el imaginario de las izquierdas en los últimos 23 años, sobre si la apuesta es construir espacios autónomos de contrapoder o disputar el poder. Esta duda no es un asunto menor, en ella se debate la estrategia; el objetivo y el *ethos* de la praxis política, que justifica el sentido de la efectividad y su necesidad.

¿Es posible transformar el mundo sin tomar el poder? En el entendido de que poder, en esta oración significa el Estado, resulta obligatorio replantearse un horizonte más amplio, mucho más vasto y más complejo que hace 30 años. Como bien dice Joel Orgeta

“En el siglo XX muchas izquierdas llegaron al poder y la experiencia fue desastrosa. Si se pensaba que el capitalismo y sus relaciones podrían acabarse después del *asalto al palacio de invierno*, la historia nos enseñó que era algo más complicado.”⁶ (Ortega, 2016:5)

El poder se encuentra en cada átomo de nuestro cuerpo, en cada espacio íntimo de nuestra vida cotidiana, que debe ser revisado, cuestionado, y transformado. Es un error plantearse la dicotomía Estado vs autonomías. Una fortaleza ideológica de las izquierdas antes de la caída del muro de Berlín, era la claridad estratégica (disputar el Estado), los diferentes *ismos* se debatieron en la táctica (en el cómo lograrlo), de igual forma, esto representó (en nuestro país) una limitación al no contemplar una mayor interlocución con otros sectores, clases y minorías sociales; sin embargo hoy, han aparecido distintos niveles y objetivos de emancipación -que han enriquecido el debate ideológico, con su consecuente diáspora teórica y práctica-, como la diversidad sexual, la equidad de género, el muticulturalismo, el movimiento ecologista, la cultura democrática, luchas sin las cuales todo

⁶ El autor continúa: “Muchas relaciones acabaron reproduciéndose. La lógica técnico-instrumental de la sociedad industrial, el autoritarismo, la burocracia, el machismo son todos fenómenos que no se solucionaban simplemente con la toma del poder. Por eso en los últimos años se ha desarrollado en la izquierda una crítica al estadocentrismo, que limita toda la estrategia a la toma del poder y descuida otros aspectos de la lucha social.” (Ortega, *Ídem*).

intento por tomar el poder pierde sentido, aunque de igual manera, todas esas demandas políticas, requieren de una transformación estructural para trascender el entorno inmediato, ya que muchas de esas problemáticas tienen un origen sistémico.

El error consiste en suponerlas contrarias, pero sobre todo, en creer que la disputa del Estado, es la única que requiere de efectividad política, como si en la construcción de espacios autónomos, fuese prescindible. Se requiere en menor medida, pero es también obligada para consumir cualquier mínima emancipación de la conciencia humana, o empoderamiento de cualquier sector, género y clase social. Dicho lo anterior, para que la efectividad no envilezca la praxis emancipadora, hay que reconocer también sus límites, por ejemplo, en algunas ocasiones es más conveniente una derrota política en aras de un triunfo moral⁷. Los límites de la eficacia y efectividad política serán siempre los principios. Lo que permite reconocernos, pero sobre todo, diferenciarnos frente a aquello que pretendemos cambiar.

⁷ La política no es el único instrumento de transformación social, ni es el único emancipador de la conciencia. Las lecciones éticas también transforman y concientizan a veces más que la política, aunque es el poder el de mayor influencia en la vida de las personas. Se puede perder dignamente una votación, si como minoría se logra exhibir la ilegitimidad de un poder, perder una batalla política pero ganar la guerra moral, pese a los intereses creados, a la larga se convertirá en victoria política. La guía para ello serán siempre los principios.

El Príncipe de Maquiavelo es un tratado que inaugura la ciencia política porque delimita su objeto de estudio: el poder. Al mismo tiempo que desarrolla un método para obtenerlo, preservarlo y heredarlo, posible sólo con efectividad y eficacia política. Define un “deber ser” diferente a la moral religiosa, entendido como lo que debe hacerse para la preservación del poder, lo políticamente necesario. Pero incluso desde el sentido práctico del autor florentino, encontramos una utopía, el sueño de una nación italiana. Por lo que pone la técnica política al servicio de un ideal colectivo. Considera que será a través de la monarquía, en la figura del príncipe como se podrá consumir su anhelo.

Es por eso que Antonio Gramsci retomará la obra de Maquiavelo, con la idea de volver efectiva la labor política de la izquierda comunista italiana de principios del siglo XX, con una utopía distinta, el comunismo. El autor de *Los Cuadernos de la cárcel* propone al partido obrero como el nuevo príncipe, el medio para lograr lo deseado. El problema es que la utopía fascista de Mussolini les ganó la partida al apropiarse del mito nacionalista y consolidar orgánicamente al partido fascista, como una maquinaria de disputa más eficaz.

El político de acción es un creador, un suscitador, más no crea de la nada ni se mueve en el turbio vacío de sus deseos y

sueños. Se basa en la realidad efectiva, pero ¿qué es esta realidad efectiva? ¿Es quizá algo estático e inmóvil y no sobre todo una relación de fuerzas en continuo movimiento y cambio de equilibrio? Aplicar la voluntad a la creación de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, fundándose sobre aquella que se considera progresista, y reforzándola para hacerla triunfar, es moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva, pero para dominarla y superarla. [...] El límite y la angustia de Maquiavelo consisten en haber sido una “persona privada”, un escritor y no el Jefe de Estado o de un ejército [...] No por ello se puede decir que Maquiavelo fue también un “profeta desarmado”, sería hacer del espíritu algo barato. Maquiavelo jamás afirmó que fueran sus ideas o sus propósitos los de cambiar él mismo la realidad, sino única y concretamente los de mostrar cómo deberían haber actuado las fuerzas históricas para ser eficientes [...] Se propuso educar al pueblo, tornarlo consciente y convencido de que para lograr el fin propuesto sólo puede existir una política, la realista, y que por

lo tanto, era imprescindible estrechar filas a su alrededor y obedecer al príncipe que emplea tales métodos, pues sólo quien desea el fin desea también los medios idóneos para lograrlo. (Gramsci, 1972: 63-64, 129-130)

Al igual que Gramsci, tenemos que recurrir al realismo político, reinventar la utopía e insertarla en un mito colectivo, siempre bajo la égida de una ética y la crítica. Este libro pretende desnudar algunos aspectos de la política, como el fenómeno de los liderazgos. Mostrar las cartas sobre la mesa para cambiar las reglas del juego, pero en tanto eso no ocurra, no tenemos otro marco de acción, otro tablero sobre el cual jugar para modificar la realidad. Los mayores riesgos de la construcción de esta narrativa, es quedarnos atrapados en los intersticios de ambigüedad de las palabras⁸, con los que el lenguaje se puede reinventar, pero también mal interpretar.

Se debe diferenciar el sentido práctico de la política del simple pragmatismo. “El realismo políti-

⁸ Existe una frontera en las orillas de las palabras que nos arrastran hacia la ambivalencia de sus definiciones, verbigracia: los límites entre soledad y desolación. La primera bien puede interpretarse en comunión con uno mismo, mientras la otra, como un vacío hasta de un mismo. Así con el deber práctico de la política, y el pragmatismo político. Es evidente que aquí se hace un esfuerzo por recuperar el sentido práctico del oficio político, al servicio de una utopía.

co excesivo (y por consiguiente superficial y mecánico) conduce frecuentemente a afirmar que el hombre de Estado debe operar sólo en el ámbito de la realidad efectiva, no interesarse por el deber ser. Lo cual significa que el hombre de Estado no debe tener perspectivas que estén más allá de su propia nariz.” Esta postura produce el peor de los daños. Cuando Gramsci alude al “deber ser” de lo político, se refiere a lo que debe y tiene que hacerse políticamente, de lo contrario hay un déficit en la disputa política. El problema con la izquierda partidista, es que al abandonar su gran estrategia ideológica, volvió el “deber ser” en un simple “ser”, al preservar el poder obtenido, sin utopía o programa político que oriente su acción.

La misma palabra política se encuentra soterrada en un montón de escombros que la convierten en algo sucio, al reducirla a la labor de los políticos tradicionales, en su mayor parte corruptos y traidores al interés nacional. Pero cuando vemos a los jóvenes salir a las calles para organizarse, por ejemplo, ser solidarios con los afectados por el sismo del 19 de septiembre de 2017, reconocemos la otra cara de esa palabra: POLÍTICA. Política para ayudar, transformar, para reconocernos en el otro. Tenemos que rescatar las palabras de su prisión histórica, ir más allá de los prejuicios, confrontarlas entre ellas y conciliarlas también.

Este ensayo no intenta endulzar oídos, sino incomodar desde la crítica. Producto de la desesperación por la derrota permanente de las izquierdas. Sé

que el mejor momento de la política, para todos los que anhelamos transformar la realidad social, es la epifanía colectiva, pues predomina temporalmente el ideal frente a los intereses pragmáticos; sin embargo, ni en esa coyuntura desaparecen los vicios y limitaciones de la condición humana. De ahí que el desencanto sobrevenga de inmediato. En el estallido social la voluntad también es movida por el oportunismo, el celo político, e igual se agudiza el puritanismo ideológico, la neurosis democrática del asambleísmo, entre otras cosas. Hay siempre una lógica de poder, más flexible en la epifanía, pero nunca ausente.

Mientras que la política en su versión más cruda y predominante exige, sin miramientos, resultados concretos sobre la disputa del poder. Puede ser una disputa legítima, honesta, auténtica o todo lo contrario; de izquierda o de derecha, pero al final lo único que cuenta para el poder mismo, es el resultado de preservación. Y en esa tarea, las élites dominantes llevan ventaja, están más preparadas, cuentan con los recursos, son más compactas.

Para el oficio político se requiere aprender una lógica propia del poder, que sólo es comprensible desde una profesionalización política. Para hacer eficiente la disputa se requiere fomentar un grupo que pueda vivir para la política, ya que la masa que estalla e irrumpe en el espacio público terminará por regresar a su cotidianidad, pasada la coyuntura. De ahí que las sociedades modernas, de masas, se encuentren en

la encrucijada de la democracia representativa. Y precisamente porque la epifanía es temporal por definición propia, la sobrevivencia de ese estado naciente, como le llama Alberoni, requiere la delegación en profesionales. Pasar de lo social a lo político, porque incluso en el ideal de una sociedad, donde la mayoría de las personas se interesa por los asuntos públicos, será siempre como un ente crítico, observador, participativo, pero jamás como militante.

En resumen, sobre la relación entre ética y política, las izquierdas tenemos que lograr un equilibrio entre ambas, para dignificar y al mismo tiempo eficientar la labor de transformación social; expropiársela a los políticos tradicionales que la han envilecido y que ahora pretenden disfrazarse con el ambiguo concepto de “ciudadano”. Ellos, que ahora se avergüenzan de llamarse políticos, precisamente son quienes pervirtieron el noble oficio del espacio compartido.

Los liderazgos en política

Sucede que nos hemos convertido en rehenes de las palabras, síntoma de decadencia de la voluntad humana; incapaces de interpelar la realidad con un nuevo imaginario, sólo nos queda liberarnos desde el lenguaje al desentrañarlo. Cuando hoy se pronuncia la palabra líder -para una buena parte de la izquierda-, es como si resonara en sus oídos “traidor”, “caudillo”, “protagonista”, y sin reparo algu-

no ha decretado su ostracismo del diccionario de lo políticamente necesario. Lo anterior ha llevado a diferentes movimientos sociales a una esquizofrenia entre sus narrativas y su praxis política, que únicamente abonan a la inoperancia.

Quizá para algunos ese sea el objetivo, convertir a los movimientos sociales en fuerzas espontáneas, que se extinguen pasada la coyuntura, para así no “pervertirse” de la política. Pero ese estado de inoperancia, beneficia a la lógica del Estado, los orilla al terreno de la represión, lugar común donde las fuerzas progresistas son derrotadas⁹.

⁹ En esa relación de tensión permanente entre sociedad-Estado, éste último siempre intenta llevar a la sociedad organizada al terreno de la represión. Porque ahí está en desventaja, pierde sus demandas legítimas originales, para centrar su atención en la liberación de sus presos políticos; se infunde miedo, lo cual inhibe la política; y evita que transiten de lo espontáneo a lo orgánico permanente, es decir, que no se acumule política, únicamente se agranda el memorial de derrotas y mártires. Cuando el Estado reprime, es porque ya preparó el terreno mediático, para hacer parecer legítima la represión, esto lo logra además, por el propio desgaste interno del movimiento.

Por eso con frecuencia los infiltra, porque desde dentro es más sencillo radicalizar las posiciones, coopta liderazgos estratégicos, intimida, reprime selectivamente, pues en la lógica de la disputa política el Estado tiene desventaja, ya que el pueblo se organiza siempre en torno a demandas legítimas. De ahí que el Estado procure llevarlo al terreno de la violencia, donde no hay posibilidades de ganar, salvo que se construya un ejército popular. Ante eso, lo que se requiere es efectividad política para contrarrestar toda esa estrategia represiva, pues un movimiento sin dirección política clara, es más fácil reprimirlo.

Esta desconfianza por la palabra “líder” no es gratuita, ha sido bien ganada. Existe un fuerte prejuicio acerca del significado de los liderazgos en nuestra cultura política, se asume *per se*, la definición de líder con la de traidor. Preconcepción explicable si partimos de que el uso del lenguaje más que sintaxis es historia, práctica social, y México cuenta con una fuerte tradición al respecto. Pero esto no quiere decir que sea justificable, ya que es tarea de todos los actores al interior de un movimiento, trascender el mundo de los prejuicios para avizorar un horizonte más vasto.

Nuestro país carga con una secular tradición de cooptación y represión a los grupos, pero sobre todo, a los líderes opositores a los regímenes en turno. Dicha práctica es signo distintivo del siglo pasado. El Partido Revolucionario Institucional (PRI) la ejerció sobre todo contra la izquierda, ahí está el brutal asesinato de Rubén Jaramillo, la cárcel injusta contra Demetrio Vallejo y Valentín Campa, por otro lado, existe una lista larga de personajes que fueron seducidos por el canto de las sirenas. Cómo olvidar aquella respuesta legendaria de la cúpula priista cuando les preguntaban si el PRI tenía escuela de cuadros: “Para qué, si ahí está el Partido Comunista”

En 1994, con la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) surge una nueva narrativa, entre sus innovaciones diluye la figura del líder como hasta ese momento se había entendido: “Mandar obedeciendo...las decisiones se toman con

el 99% más uno...y... aquí no hay líderes” Esto refrescó el lenguaje político de la izquierda no sólo nacional sino incluso mundial. Entre la caída del muro (1989) y la aparición del zapatismo, se zanjó una distancia entre dos imaginarios políticos. Representados en las dos últimas huelgas estudiantiles de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la de 1986 y la de 1999. Una de sus mayores diferencias es el cisma del movimiento estudiantil con el sindicalismo y los partidos políticos. Los estudiantes de fin de siglo ya no se reconocían en esas palabras del siglo pasado, buscaron una nueva semántica y el zapatismo llenó el vacío. El Consejo General de Huelga (CGH) retomó por completo el discurso zapatista, sobre todo en lo que respecta a la idea de los liderazgos.

El problema hasta ahora no consiste en apropiarse del discurso zapatista, sino en transportar la narrativa, tal cual, a otras experiencias políticas; sin contexto, con la inevitable tergiversación de la horizontalidad. Malentendida como la homogeneización de los sujetos al interior del movimiento, sin reconocer, pero sobre todo, entender sus diferencias. Como si fuese posible reducir la naturaleza humana a una tira plegable de muñecos de papel, idénticos.

Esto ha provocado una esquizofrenia entre una narrativa que intenta imponerse, y una realidad más necia que cualquiera. Desde la condición humana, es inevitable que en las diferencias sobresalgan

unos frente a otros. Las razones pueden ser varias. La disparidad en la experiencia, los distintos carismas, la elocuencia, la formación intelectual, un mayor compromiso, la trayectoria, por mencionar algunas. Desde la política, los liderazgos son necesarios, no sólo porque ofrecen mayor estabilidad orgánica al movimiento, sino porque las ideas, la utopía, y la propia epifanía necesitan encarnar en un cuerpo, y requieren asequibilidad para conectarse con la gente, para lograrse la gran unión, la *religare*.

Lo único que provoca un discurso de horizontalidad a ciegas, en el mejor de los casos, es la disociación de los liderazgos naturales e inevitables con respecto a una base social, o peor aún, su deformación frente a un proyecto político.

Al igual que el CGH en 1999, #YoSoy132 en 2012, importó el discurso zapatista de la horizontalidad sin un ejercicio crítico, sin partir de una base real concreta. No se reconoció que los contextos son distintos, por lo tanto, la praxis del lenguaje también lo es. Se impuso así, una narrativa que vetó cualquier tipo de liderazgo, en el sentido estricto de la palabra, al mismo tiempo que aparecieron figuras mediáticas, con un perfil más cercano al protagonismo que a verdaderos dirigentes.

Esto no significa que debamos expulsar el ejercicio de la horizontalidad. Al contrario, es en experiencias como el #132 donde se puede y debe renovar la práctica política. Lograrlo atraviesa nece-

sariamente por erradicar los caudillismos; democratizar nuestra cultura política. El problema surge cuando *a priori* se define que en un movimiento social no hay líderes; como si enunciarlo bastara para disolver mágicamente toda una realidad histórica, sin siquiera discutir a fondo las características básicas que constituyen un liderazgo auténtico. El problema no es la horizontalidad, sino la falta de su definición en el debate público.

Hablar de líderes en estos tiempos es políticamente incorrecto, pero no por ello innecesario. El surgimiento de liderazgos con arraigo social, pero sobre todo, definidos sobre la base de un programa ideológico claro, permite acotar y responsabilizar a quienes tienen una representatividad política. Por otro lado, la cooptación de líderes y en ocasiones su franca traición al proyecto, resulta intrascendente a partir de mecanismos, reconocidos por todos, de renovación y sustitución de representantes al interior del movimiento.

Si el punto de partida fuese: aquí hay líderes, mas no caudillos; hay representantes que entregan cuentas y se deben a un programa político, mas no oportunistas; tenemos dirigentes reconocidos a partir de coordenadas históricas definidas en una discusión teórica por encima de los simples posicionamientos coyunturales; si ese fuera el punto de inicio, entonces la horizontalidad sería un pivote y no sólo demagogia. Pero lograr esto se requiere más que

voluntarismo, es fruto de un ejercicio crítico, de discusión abierta de las ideas.

Nuevamente nos encontramos en medio de una práctica dañina y un discurso asfixiante. Entre la experiencia histórica del caudillismo, y una narrativa que niega la importancia pero sobre todo, ante la necesidad e inevitabilidad de los liderazgos en política. Debemos hallar un punto de equilibrio; sucede que intentarlo es un salto complejísimo, en el que se juega la existencia misma del movimiento social. Esta práctica dicotómica del fenómeno de los liderazgos, en el que se gravita pendularmente entre el asambleísmo descabezado y el caudillismo, ha llevado al fracaso político y a la enajenación de la conciencia, respectivamente.

El punto medio sería fomentar liderazgos democráticos, construir democracias dirigidas. Al respecto, hay una ecuación chocante pero comprobable empíricamente. Autoritarismo y asambleísmo como extremos, efectividad o ineficacia política como resultado. Al salir a las calles en reclamo de demandas políticas, sin importar si son inmediatas o sistémicas, si se busca tomar el poder o generar un contra-poder autónomo, predomina siempre el deseo de ganar la disputa del espacio público, de ahí la importancia de la efectividad política, que en gran medida depende de la capacidad orgánica del movimiento, que como todo movimiento, es amorfo en sus inicios. Lograr sus objetivos depende fundamen-

talmente de su capacidad para consolidarse orgánicamente. Robert Michels señalaba desde 1911 que:

Ya sean económicas o políticas esas reivindicaciones, la organización es el único medio para llevar adelante una voluntad colectiva. Por estar basada sobre el principio del menor esfuerzo, es decir, sobre la máxima economía posible de energía, la organización es el arma de los débiles en su lucha contra los fuertes. Las probabilidades de triunfo dependerán del grado en que la lucha sea conducida sobre una base de solidaridad entre las personas cuyos intereses son idénticos. (Michels, 2008:69)

De igual forma, adelantaba la factura que se paga por conseguir el triunfo de las reivindicaciones de una mayoría organizada: “Este principio de organización, políticamente necesario, aunque conjura la desorganización de fuerzas que hubiera favorecido al adversario, trae consigo otro peligro [...] Quien dice organización dice oligarquía.” (Michels) Todas las estructuras que emanan de una epifanía política y transitan hacia una consolidación orgánica, logran sobreponerse al duelo de la coyuntura social; cuando ya no son noticia, aseguran su memoria colectiva en la organización, se vuelven eficaces en su lucha, partici-

pan en la construcción de discursos sociales, pero de igual forma, todas, sin excepción, se burocratizan. Esto es lo que Michels denominó como la Ley de hierro.

A cada paso que la esperanza arriesga, tropieza ante una nueva trampa mortal. La política es un campo minado sin promesa de un horizonte definitorio. Es por eso que yo no creo ciegamente en la redención de las ideas, ni siquiera convertidas en fuerzas arrolladoras de creación social, todas se extinguen, se apaga su fuego transformador en la fase de institucionalización, si acaso, en última instancia, creo en el proceso cíclico de renovación constante de las ideas. Como esa devoción que profesa la humanidad por la infancia; no se debe tanto por una cándida nostalgia, sino por la simiente de un futuro mejor que generación tras generación nutre de savia nueva. El vaivén generacional como el ir y venir de las olas en el mar de la historia. Cada tropiezo es una oportunidad para mejorar. Si la utopía nos encamina, la esperanza inhibe el desfallecimiento.

La toma de decisiones es un momento crucial de la política. La ecuación autoritarismo-democracia igual a mayor o menor efectividad, ilustra uno de los más grandes dilemas de la historia universal. Si se apuesta por un modelo autoritario, se garantiza eficacia, pero se sacrifica la política como un bien común, se logra estabilidad pero se secuestra la política para unos cuantos. En este esquema lo preeminente es una cultura del miedo. A la inversa, mayor

participación libera la voluntad, pero reduce las oportunidades de éxito político.

La tentación autoritaria acecha todo el tiempo como la espada de Damocles, pues lo primero que la gente sacrifica en aras de un bienestar personal y familiar, es el espacio público, la política. La usa como moneda de cambio por estabilidad, certeza económica, seguridad. Aunque el anhelo de libertad late siempre, permanentemente, en espera de su oportunidad para sacudir los cimientos de cualquier modelo autoritario. La libertad es ese sentimiento que nos angustia, desgasta, al mismo tiempo que hipnotiza y nos prodiga felicidad, pues nos hace responsables, igual nos hace soñar.

El problema con la libertad, lo mismo que con la política, es que no son un fin en sí mismo. Se es libre o se disputa el poder para qué; ambas son ciegas en tanto no se orienten en un “deber ser”. En ocasiones se olvida esto y en consecuencia se confunde democracia con asambleísmo. Como si deliberar horas aunque no se llegue a acuerdos, cuestionar cada mínima decisión, fuese el objetivo. En una sociedad donde no se ha respirado libertad, tomar las plazas públicas para debatir, dialogar sin que se acuerde nada, es ganancia, pues desvelar la conciencia de la libertad es caminar hacia adelante, es un primer paso, pero no es suficiente, de inmediato asoma la necesidad de llenar de contenido aquellas fuerzas que han sido liberadas.

Cualquier movimiento social, por más portentoso que sea, si está acéfalo tiene los días contados, cuando acontece tiene la ventaja del factor sorpresa y la fuerza legitimadora de sus demandas, pero eso es temporal, se agota en meses, a veces semanas. Su descabezamiento puede ser por falta de una gran estrategia y/o de liderazgos. Incluso el propio José Revueltas, considerado un anarquista solitario, irredento y espíritu libre, sostuvo contra todo y pese a todo, su argumento de la necesidad de un programa y una dirección política en la tarea revolucionaria. En *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* de 1962, sostiene que “...el punto donde se expresan las relaciones ideológicas más elevadas de la conciencia colectiva [es] el partido.” (Revueltas, 1980: 51)

Un ejemplo de democracia dirigida es el liderazgo que ejerció Pericles en la ciudad de Atenas en el siglo V antes de Cristo. En *La guerra del Peloponeso* de Tucídides no sólo se describen y analizan los hechos de la guerra fratricida entre las dos polis griegas más importantes de la antigüedad, Atenas y Esparta, también es un tratado de ciencia política, al desmenuzar los sistemas de gobierno, su concreción histórica, así como sus limitaciones. Para Tucídides la guerra no es únicamente fruto de una disputa de intereses, subrepticamente es de igual forma una guerra ideológica, pues Atenas representaba el modelo democrático y Esparta al oligárquico.

Los primeros años de la contienda estuvieron marcados por el liderazgo carismático de Pericles, quien supo influir en el ánimo colectivo de los atenienses para poder repeler, algunas veces vencer y negociar pronto una paz con su acérrima enemiga Esparta. Su muerte a causa de tifus, obliga una sucesión que acarreará un periodo de inestabilidad política, reflejada en el cúmulo de fracasos militares de los atenienses, hasta reducir su supremacía naval en una ciudad sin flota. Con Cleón el curtidor, la democracia ateniense devino en demagogia. Tenemos así una asamblea ateniense que deliberaba cada paso militar y político en la guerra. Como es de esperarse, el vacío de poder trajo consigo un asambleísmo inoperante que redujo a escombros la grandeza de esa mítica ciudad.

Otro ejemplo es el liderazgo de José María Morelos y Pavón en la Guerra de Independencia de México. En todo ese proceso histórico, no hubo ningún liderazgo tan preclaro, eficaz -y de promesas de transformación social tan profundas- como el del cura Morelos. La Independencia pasó de una revuelta social con el cura Miguel Hidalgo, a una Revolución con Morelos, pues tenía un proyecto de nación bajo el brazo, que retomaba el anhelo popular de la repartición de tierras. Ni antes ni después en dicho proceso histórico, hubo un líder político carismático con esa enorme capacidad militar.

Sucede que su efectividad militar fue inversamente proporcional a la apertura política con el Cons-

tituyente de Chilpancingo, cuando el Generalísimo cedió su capacidad de decisión militar en plena guerra de Independencia. La conformación del Congreso de Anáhuac representó una decisión audaz, de enorme alcance histórico, pero al no conciliarlo con las necesidades bélicas, fue también un error táctico en el mediano plazo.

Dado los anteriores ejemplos, sería un error pensar que el objetivo principal y obcecado de este libro es la eficacia a toda costa, todo lo contrario, pues el mayor ejemplo de eficacia absurda con todo el sentido que esto representa, es el nacionalsocialismo alemán; una maquinaria de poder casi perfecta. Sobre esto, Walter Benjamín aducía que lo sucedido con la experiencia nazi, es que era el resultado del triunfo de la razón instrumental sobre la razón ilustrada. Esto es, que la modernidad, basada en la razón, había reinventado el humanismo, pero también perfeccionado la lógica de la ganancia, frutos del mismo árbol, pero de ramas diferentes.

No se trata pues, de construir un discurso basado en la mera lógica de la ganancia política, no tendría sentido. Pero tampoco ayuda desterrar la importancia de ser eficaces en la disputa política, siempre y cuando lo que alimente la acción sea un “deber ser” que la oriente y legitime. Cualquier decisión que se elija, traerá consigo un costo.

Obsesionarse sólo por la eficacia sin procurar una gran estrategia de transformación social, es

vaciar de contenido a la política. Por otro lado, no construir organización, y no consolidar liderazgos, bifurca la memoria histórica de la memoria política. Se incrementa así la lista de agravios, como el 2 de octubre de 1968, pero no se acumula una experiencia política generacional que evite repetir los mismos errores cometidos coyuntura, tras coyuntura, estallido social tras estallido.

Preservar esa memoria política exige la conformación de profesionales en el oficio político, capaces de soportar el peso de una militancia y de preservar lo aprendido para futuras generaciones. Sucede que muchas organizaciones políticas evitan la noble tarea de la formación política para retrasar sus procesos de renovación interna. Flaco favor hacemos a las izquierdas, al evitar discutir estos temas, con el fin de ser políticamente correctos.

Nacionalismo mexicano

El mito nacionalista se encuentra hoy más vivo que nunca. Para muchos es sinónimo de ideología rancia del siglo XX, populismo, corporativismo y autoritarismo priista. Estos dos adjetivos últimos, en algo se acercan a su descripción histórica, pues quien encarnó y concretó en México el mito, fue el Partido Revolucionario Institucional (PRI) desde inicios de la centuria pasada, pero quedarnos sólo con esta visión, obnubila su vitalidad actual, su

vigencia y potencial transformador para los años que vienen en nuestro país.

La conformación de un Estado nación no es un proceso histórico exclusivo de México. Fue un camino recorrido por todos los países desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XX. Algunos como Inglaterra, Francia, Estados Unidos se adelantaron, otros llegaron un poco más tarde como Alemania, Japón, Italia. Hubo quienes empezaron su conformación nacionalista hasta la posguerra, sobre todo en Medio Oriente y África. Cada experiencia es única. Fruto de revoluciones, movilizaciones sociales, concertaciones políticas, golpes de Estado según sea el caso. Mezclada con distintas ideologías como el liberalismo, socialismo, comunismo, fascismo, también según sea el caso.

Iniciativas encabezadas, indistintamente por la izquierda o la derecha, pues el mito nacionalista no se circunscribe a una ideología, ni tampoco lo es. Por ello tuvimos a un Hitler en Alemania, Mao Zedong en China, Fidel Castro en Cuba, Lázaro Cárdenas en México, y ahora un Donald Trump en Estados Unidos. En la experiencia mexicana el mito apareció mucho antes que el PRI e incluso le ha sobrevivido después del viraje de proyecto nacional que asumió la élite política, al apostar por el neoliberalismo.

Es decir, el mito es antes y por encima del PRI. Sucede que reconocer esta autonomía y al mismo tiempo, fusión del nacionalismo con la “familia revo-

lucionaria”, nos permite entender la sólida legitimidad que gozó el régimen de partido hegemónico durante casi todo el siglo XX, sin que tengamos que reducir el nacionalismo como sinónimo de priismo. Nuestro nacionalismo empezó a germinar en el imaginario colectivo, paradójicamente después de la pérdida de más de la mitad de nuestro territorio con la invasión norteamericana (1846-1848), no es casualidad que el himno nacional surgiera pocos años después (1854), aunque el momento fundacional del nacionalismo mexicano inicia con la resistencia ante la intervención francesa (1862-1867) y su momento cumbre ocurrió durante el largo proceso revolucionario (1910-1921), así como entre el Constituyente de 1917 y la expropiación petrolera de 1938. Dicho de otra manera, en la experiencia mexicana, nuestro nacionalismo ha sido fundamentalmente un arma defensiva. A diferencia de otros nacionalismos como el norteamericano.

En esencia, no es otra cosa que a) la defensa del territorio, b) la soberanía y c) la recuperación de los recursos naturales para y por los mexicanos; tres simples ideas vigentes y urgentes como eje de un proyecto político ante la embestida por venir. Cuando los priistas abandonaron el mito nacionalista en la década de los ochenta, éste no se extinguió, reencarnó en la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, quien logró la unidad de buena parte de las izquierdas mexicanas. Ahora se ha reciclado en la figura de Andrés

Manuel López Obrador, y al margen de si nos convence o no su liderazgo, es quien se ha fortalecido frente al anti-mexicanismo de Donald Trump.

El problema con el nacionalismo como concepto, es que se discute poco; sin embargo, se sataniza o se banaliza a la menor provocación. Por eso es ampliamente difundido el discurso de un nacionalismo folklórico, superficial, un patriotismo chato, como si al colgar banderas tricolor en nuestras casas y privilegiar la gastronomía mexicana, se resolverían nuestros problemas de dependencia económica, por mencionar sólo uno de los retos que tenemos por la vecindad con EEUU. La pregunta fundamental ante esta condición geopolítica determinista es: ¿Qué podemos y debemos hacer frente a la vorágine insaciable de una potencia que ha influenciado nuestra política interna desde nuestros inicios como país? Todo gobernante con estatura de estadista debe tratar de tener una respuesta que garantice dignidad, viabilidad, autonomía y sensatez.

Lo anterior es algo que la actual Presidencia de la República ha dejado de hacer, de ahí que se haya generado un vacío de liderazgo nacional. Y la urgente necesidad de reivindicar para renovar el mito nacionalista, se ha convertido en mero oportunismo electoral para los comicios presidenciales en puerta (2018): Ninguno de los candidatos ha puesto como centro de sus declaraciones alguna de las tres ideas, simples pero fundamentales, de un auténtico

nacionalismo. El cual, además, atraviesa por una política exterior digna y autónoma. El problema es de fondo. Nadie lo ha planteado así, con todas sus letras, porque implica una sólo cosa: revirar las reformas estructurales que nos han impuesto desde hace casi cuarenta años.

Por otro lado, la palabra nacionalismo aterroza los oídos de quienes defienden un internacionalismo purista, únicamente capaz de provocar un grandilocuente soliloquio, pues a pesar de que contiene un discurso mejor construido ideológicamente, menos peligroso y con menores tentaciones autoritarias, no es suficiente para conectarse con las emociones colectivas del grueso de la población. Una izquierda que sólo es autoreferencial a pesar de su elaborado discurso, sin poder interpelar a las grandes masas, seguirá en su immaculado pedestal, con su mirada altiva pero al margen de los procesos políticos nacionales. Debemos señalar ejemplos de nacionalismos como el cubano, el cual no logró combinarse con el internacionalismo, pero sí consiguió una solidaridad internacional con otros procesos emancipatorios

Uno de los mayores riesgos de los nacionalismos, incluso de izquierda, es precisamente la conformación de regímenes autoritarios, pues ese fue el destino histórico de la gran mayoría. Aunque es más factible que haya sido más que su resultado, una coincidencia histórica en la búsqueda de los distintos pueblos, por la consolidación de sus Estados, lo que con-

dujo hacia la concentración del poder, antes que a la regulación del mismo. Pues hubo nacionalismos como en Inglaterra y EEUU que no derivaron en eso. Este es en definitiva, un tema pendiente para debatir.

Por lo pronto, una dificultad del nacionalismo mexicano actual, es que nos vuelvan a vender la idea de la “Unidad Nacional”, como sucedió en 1940, cuando el ex presidente Manuel Ávila Camacho hizo el llamado a la unidad por el contexto de guerra y lo único que trajo consigo, fue el fortalecimiento del régimen autoritario, el corporativismo sindical y el enriquecimiento de unos cuantos. Apelear a la Unidad Nacional es hacerlo desde la abstracción, donde se eliminan las desigualdades y las diferencias ideológicas, lo que redundará en beneficio de quienes gobiernan. Si gobernaran realmente para la nación, la confianza y la unidad serían sin cortapisas pero no es así.

Se trata de sumar, pero desde la idea de la “Unidad Política”. Esto es, aglutinarnos en torno a un programa político para recuperar la dignidad nacional, la soberanía, los recursos naturales y que se distribuya la riqueza. La unidad sí, pero sobre la base de un eje programático, no sobre una abstracción alimentada en un patriotismo chato y desdibujado. La unidad de buena parte de las izquierdas en México es un fenómeno que ha ocurrido en muy escasas ocasiones, una de ellas fue en 1961 con el Movimiento de Liberación Nacional, y en 1988 con el

Frente Democrático Nacional; ambas coyunturas alimentadas por el mito nacionalista ¿Seremos capaces ahora, de construir una gran unidad nacional frente a este nuevo quiebre histórico que hemos empezado a presenciar?

Aludir al mito, no es, de ninguna manera, para desacreditar el nacionalismo, todo lo contrario, es para ubicar su fuerza social revitalizadora, pues no existe nada más poderoso para detonar la voluntad humana a través del imaginario colectivo, que la narrativa y fabulación del mito. Pues a pesar de que algunos intelectuales lo consideran -con cierta razón-, como una expresión peligrosa, el pueblo, las mayorías no tienen una mejor arma, que organizarse, frente a los abusos de las minorías, de las élites en el poder, voraces, que en los últimos años han depredado los recursos naturales y agudizado la desigualdad, mientras que la oligarquía cuenta con la riqueza, medios de comunicación, el ejército, las instituciones políticas. De ahí la aversión de esos intelectuales al mito, pues empodera al pueblo, lo revela.

El mito no sea crea ni se destruye, simplemente es, necesita para poder concretarse, encarnar en la figura de un líder o una organización. Sin embargo, por sí sólo no tiene una dirección, requiere de un timón ideológico, del imaginario de una utopía para que adquiera sentido esa pasión colectiva. De lo contrario, desatar esa fuerza social sin un rumbo claro, puede tornarse peligroso para el bien

común. Tal vez se argumente que ninguna experiencia nacionalista tuvo el resultado esperado, cierto, pero como dice Sorel “Poco importa, pues saber en qué medida los mitos encierran detalles destinados a manifestarse realmente en el plano de la historia futura; no son almanaques astrológicos; hasta puede suceder que nada de lo que contienen ocurra, como sucedió en lo referente a la catástrofe esperada por los primeros cristianos.” (Sorel, 2005: 180) Lo mismo ha sucedido con todos los mitos, no olvidemos que cualquier sueño civilizatorio engendra sus propios demonios, similar a la utopía, que sin lograr alcanzarla, nos hace andar.

Hay dos tipos de nacionalismo, el defensivo y el ofensivo. El nuestro es ante todo defensivo, pues no había de otra ante la cercanía y el acecho de uno de los nacionalismos más depredadores de la historia, el norteamericano. Algunos autores como Tagore, advierten de los enormes peligros que engendra el nacionalismo en cualquiera de sus manifestaciones. Su definición resulta muy ilustrativa, aunque pareciera regatearle al nacionalismo su cualidad más interesante, que es su fuerza simbólica: “La Nación surge de la unión política y económica de un pueblo, y es el resultado de convertir a toda la población en una máquina capaz de cumplir ciertas metas.” (Tagore, 2012: 47).

Para el Nobel de literatura el nacionalismo es resultado de un proceso de racionalización instru-

mental, en el que las sociedades abrazan la maquinaria moderna del Estado, en competencia con otras naciones. Esta concepción es acertada en parte, pues escribe (1917) su célebre ensayo sobre nacionalismo en plena Primera Guerra Mundial, además de que la conformación de los Estados-Nación sucede en la etapa de racionalización social, producto de la era moderna, a pesar de ello, eso no agota la explicación de la raigambre nacionalista en cada uno de los pueblos de todo el orbe. Su visión dicotómica modernidad-tradición, le impide ver que la pasión colectiva nacionalista contiene una carga simbólica poderosa, lo suficiente como para detonar movimientos independentistas como el de su propio país -la India- años más tarde (1947). La principal crítica que hace Tagore sobre el nacionalismo es en referencia a un nacionalismo ofensivo.

A pesar de ello, su crítica es vigente e importante. Describe los demonios de un fenómeno que alimentó dos guerras mundiales, promovió la colonización de continentes, fanatismo colectivo, pero también fue alimento de revoluciones y movimientos descolonizantes. Aun así, no se debe olvidar que cualquier sentimiento capaz de despertar ilusiones, corre el riesgo de desbordarse en fanatismo. El nacionalismo, sobre todo en países como el nuestro, ha sido un mal necesario, un arma defensiva esgrimida ante la vorágine norteamericana, destino trágico que aún se cierne sobre nosotros. El lema zapatis-

ta de tierra y libertad; dos palabras, dos ideas sencillas, prendieron en el espíritu de miles de campesinos por el mito nacionalista.

Es importante diferenciar el culto al patriotismo del mito nacionalista. El mito es un animal salvaje, el patriotismo uno domesticado, el primero siempre acecha fuera de los márgenes institucionales, mientras que el segundo se construye y habita en el discurso legitimador. La Revolución mexicana una vez institucionalizada, redujo el mito en patriotismo, pero aquel intentó siempre salirse de esos límites institucionales. Por eso, en el viraje conservador de Manuel Ávila Camacho, una vez agotada su transformación social desde el Estado, hubo algunos intentos de ruptura como la del General Miguel Henríquez Guzmán, o la convocatoria de Lázaro Cárdenas para conformar el Movimiento de Liberación Nacional (1961), con una carga ideológica más cercana a la izquierda, como advertencia por el viraje ideológico que el partido había asumido desde décadas atrás. Lo mismo sucedió con la ruptura entre la élite política en 1988, por el mito nacionalista.

En nuestros días, dentro de toda la hecatombe que preludia el inicio de gobierno de Donald Trump, hay una ventaja que debemos considerar para potenciarla. Y es que su incontinencia verbal contra los mexicanos nos obliga a aglutinarnos en la defensa y reivindicación de nuestra identidad colectiva. El reto que tenemos en puerta, es hacer compa-

tible el mito nacionalista con un proyecto de izquierda, que incluya nuestra realidad multicultural, de distribución de la riqueza, con los avances y retos ideológicos que reclama una sociedad actual, sin cargar los lastres del corporativismo, en resumen, llenarlo de contenido ideológico, fusionarlo con una utopía del siglo XXI.

Los fantasmas del pasado

Apuntes

La política como moneda de uso corriente, tiene dos caras; aquella que engrandece la voluntad para mejorar el espacio común y aquella que la envilece.

Izquierda y derecha son más que ideologías, son formas de vida vigentes y en disputa. No verlo es en gran medida el mayor triunfo de la derecha.

Palabras proscritas, acciones petrificadas.

Las izquierdas en este país debemos lidiar no sólo con todos y cada uno de los poderes fácticos y normativos que se resisten a la consolidación de cualquier alternativa al proyecto de nación impuesto desde hace 40 años, también debemos combatir a los fantasmas de revoluciones fracasadas, de experiencias revolucionarias traicionadas, de excesos y errores históricos, en resumen, la pugna es contra los fantasmas de nuestro propio pasado, que otorgan fuerza pero al mismo tiempo paralizan; por lo que debemos conciliarnos con la memoria, convertir las rémoras en impulso.

Es falso que exista una carencia teórica de las izquierdas. Desde la fundación de la Primera Internacional (Londres, 1864) -con los debates sostenidos entre Marx y Bakunin sobre el rumbo ideológico que las masas obreras habrían de asumir para su emancipación-, se cuenta con una prolífica tradición de pensadores que hasta el día de hoy conserva su riqueza y pluralidad, incluso después de la caída del muro de Berlín (1989). Desde siempre ha existido el autor iconoclasta, irreverente, aquel que avizora, renueva la teoría, enriquece el debate ideológico a

pesar de la hecatombe histórica o estancamiento del pensamiento emancipatorio. Desde Rosa Luxemburgo, Sorel, Gramsci, Benjamin, hasta un Laclau.

Esto no excluye la idea, bastante difundida, de la severa crisis ideológica de las izquierdas, propiciada por la desvinculación entre el ejercicio de pensar y la práctica política, de forma orgánica me refiero, producto de un contexto histórico en el que se encuentra entrampada la praxis. Los esfuerzos individuales de algún autor, por más genio que tenga, serán lentos (históricamente) en su asimilación, en el mejor de los casos, infructuosos en el peor, ya sea por la elevación (forma barroca) de quien escribe, o la incompreensión de quien lee. Esto en el sentido de cerrarse a los planteamientos por la ruptura intelectual -y hasta emocional- que le representa al lector.

El conocimiento es una búsqueda, y no precisamente en el sentido socrático, de indagar, sino en el anhelo de aquello que nos da certeza personal. A pesar de ello, también existen los espíritus incandescentes, que apelan al conocimiento no como morada, sino en descampado. Es decir, hay dos tipos de lectores, los que leen para confirmar su sistema de creencias, y los que someten a prueba lo aprendido. Son escasos los militantes de izquierda que leen el pensamiento de derecha (paradójicamente, pues una de las fuentes filosóficas de la teoría de Marx, es precisamente el liberalismo clásico), y los pocos que lo hacen, son censurados por sus correligionarios.

Muchas veces no se está emocionalmente preparado para aceptar un cambio de paradigma; no es hasta que sobreviene una sacudida histórica-personal, cuando se acepta lo “nuevo”. El estado de ánimo colectivo muta según el vaivén contextual, el cual, en los últimos tiempos ha sido dominado por un ambiente de disociación teórica-práctica ¿De qué sirve tanta teoría en los acervos bibliográficos si no alimenta la acción política cotidiana?

En gran medida esta disociación se debe a la pérdida de sentido de una gran estrategia política. El quiebre de mentalidad que proscribió por igual, palabras y conceptos tácticos como partido político o liderazgo. De la misma forma abonaron a la crisis, las prácticas dogmáticas e intolerantes que predominan en algunos grupos de izquierda, que con presunción se anuncian como herederos únicos de la añeja, gran estrategia. Sin olvidar el pragmatismo vergonzoso de la izquierda institucional-partidaria. Con las transformaciones en el cambio de milenio, mientras se colapsaba la gran utopía (1989), y buena parte de la izquierda entraba a la transición democrática, lo hacía desdibujada, sin armas ideológicas ni coordinadas teóricas. En esa transmutación de su fe política, no logró conservar su devoción profética por una transformación de raíz. En lugar de mantener una disputa sistémica, ha sido devorada por el sistema.

A pesar de algunos esfuerzos teóricos dignos de considerar, que previeron dicha conversión ideo-

lógica, quedaron petrificados en buenas intenciones; inteligir sobre conceptos sin que lograsen convertirse en nueva morada para las luchas de igualdad social. Esto no quiere decir que la historia se haya petrificado igual que la praxis política. La realidad social no ha dejado de moverse, con sus enormes y brutales lecciones. En los puentes comunicantes entre esa realidad que interpela y aquella teoría que sugiere, es donde se ubica la crisis.

La desvinculación entre teoría y práctica es orgánica porque predomina la ausencia de un debate público, abierto, tolerante, que alimente las plataformas programáticas de las distintas organizaciones políticas y sociales que conforman el pletórico mosaico de las izquierdas en México. Desde un colectivo estudiantil, asociaciones, sindicatos, movimientos sociales que aparecen y estallan con frecuencia, hasta partidos políticos.

El partido político como instrumento de disputa hegemónica se vació de contenido y fue expropiado por aquellos que vaciaron el oficio mismo de la política. Se dejó de lado la tarea básica de la formación política, fundamental para alimentar de teoría la práctica y propiciar la renovación generacional.

La función de un partido de izquierda no se agota en la contienda electoral, ni en la repartición de puestos públicos, aunque ese haya sido el triste destino de la mayoría recientemente. Debe cumplir una labor de formación ideológica, ser vinculante entre

lo social y lo político, dicho de otra manera, vincular los movimientos sociales con quienes se han profesionalizado en el oficio político, ampliar los escenarios de disputa política, como señalaba Gramsci, cuando hablaba de construir hegemonía, consolidar discursos sociales que cambien la mentalidad en las personas, que emancipen la conciencia.

Por eso el distanciamiento de los intelectuales respecto a las organizaciones de izquierda, trae consigo una enorme pérdida, pues en muchos casos han sido convertidos en simples jilgueros, defensores y no actores de la política. Por otro lado, los académicos críticos sólo se asoman a los fenómenos sociales como simples observadores de un laboratorio, con su elocuente apoyo moral, sin articulación orgánica, salvo casos de excepción. La última ocasión cuando los intelectuales protagonizaron como actores políticos y se vincularon realmente con lo social, fue en la ola de insurgencia sindical de los años setenta en nuestro país, debido al papel que asumieron las universidades, en la lucha por la sindicalización y derechos laborales.

Hacia la década de los años ochenta este fenómeno fue neutralizado por el avance de la ideología neoliberal, pues con los programas de estímulos se aceleró el individualismo entre el sector académico de las universidades públicas. Además, la mayoría de los sindicatos abandonaron la lucha política por la gremial.

La utopía está obligada a postrar su mirada hacia adelante para poder realizarse, pero no puede erigirse si no es desde el pasado, el único capaz de alimentar su espíritu, pero sobre todo de dotarla de sentido. El asunto es que hemos preferido convertir al pasado en un museo de lamentaciones. La izquierda tiene más aprendido el guión de la derrota, pero se paraliza ante un posible triunfo, por eso el Estado tensa y empuja siempre hacia el escenario de la represión. El reto es vencer esa lógica, para acumular memoria victoriosa y sumar voluntades, sumar política: la única manera de vencer la violencia.

Hacen falta diagnósticos políticos audaces, pues abundan los recuentos y diagnósticos de lugar común, en el que la palabra crisis es el adjetivo de todo. Diagnosticar no es sólo describir los males del mundo, es ante todo un ejercicio analítico para generar alternativas, de lo contrario pierde sentido su objetivo. Es tan simple como definir si en México se vivió o no una transición democrática a finales del siglo pasado. Si todo es resumido en una explicación sistémica, en la que no importan los avances de las luchas democráticas, o por lo contrario, se magnifica la alternancia como una auténtica democratización, cada punto de partida llevará a conclusiones programáticas distintas.

De lo que se trata es de recuperar palabras que nos han sido arrebatadas, como Política. Los políticos profesionales de los partidos la han envilecido, y ahora pretenden camuflarse en una piel de “ciuda-

dano”, mientras el resto permanecemos en una orfandad semántica al avergonzarnos de una responsabilidad fundamental para armonizar nuestro lugar común: el espacio público. Cuando lo importante no es negar lo innegable, sino el tipo de política que se ejerce. Por eso, al contrario de lo que hoy predomina, yo sí me reivindico como político.

Cualquier anhelo de crecimiento emocional, intelectual o político, atraviesa por una suerte de parricidio. No es dejar atrás el pasado, sino asimilarlo como horizonte, no es tampoco denostar a quienes nos anteceden sino rendirles el mayor homenaje: continuar el camino recorrido o por lo menos, dar un paso delante de donde llegaron. Sucede que lograrlo sólo es posible cuando nos hacemos responsables de nuestros propios actos. Decretar su muerte simbólica significa asumir la responsabilidad histórica que como generación corresponde.

En noviembre de 1953 apareció en Argentina la mítica revista *Contorno*. Aquel primer número tiene como editorial un artículo polémico y genialmente escrito (*Los “martinfierristas”: su tiempo y el nuestro*) de Juan José Sabrelí, donde critica a los “martinfierristas”, grupo dirigido por Jorge Luíís Borges y Oliverio Girondo, entre otros. En aquel texto crítico sobre la idea de juventud, Sabrelí remata con una frase que es importante re-contextualizar: “La juventud no encuentra en sí misma su solución, hace falta que se destruya para que surja de ella el hombre”.

El parricidio es más una suerte de homicidio propio, en el que la libertad de pensamiento y acción se cargan de responsabilidad propia, no en el sentido individual, sino generacional. La juventud se atreve a construir orgánicamente, deja de escudarse en la ambigüedad sectorial del estudiante y se define como actor político capaz de disputar el poder.

Parecido a la experiencia del enamoramiento individual, su preservación sólo es posible a través del tránsito doloroso y natural, casi suicida, hacia la institucionalización del amor, donde la pasión cede paso a la razón. De igual forma, el movimiento social apremia convertirse en movimiento político; institucionalizarse para preservar su continuo avance en la espiral histórica, concertada en muertes simbólicas y cíclicas, que únicamente puede ser suspendido por el aplastamiento de la violencia o la inmadurez política.

Pero Sabrelí va más allá al decir que “La revolución es un acto de dos fases: la negatividad que es la aventura, y la construcción que es el orden y disciplina [...] Una revolución así puramente negativa, destructora, anárquica, se asemeja más que a una revolución a una fiesta”. Se privilegia la rebeldía, reducida al escándalo y provocación de no ser consumada en una alternativa institucional.

A pesar del enorme pesimismo y desconfianza que Sabrelí proyecta hacia la idea de juventud y que no comparto fielmente, aporta un elemento que hasta entonces había sido poco discutido: la juventud como

una categoría social y política, es decir, antes de debatir sobre juventud, es preciso contextualizar la palabra para lograr un mayor provecho y sentido.

Ese deseo de cambio debe procurarse, arrojarse ante los fuertes vientos de desesperanza. A la par de ello, hay que asumir la eferescencia juvenil como algo transitorio, con miras de largo alcance. La irrupción es sólo eso, un instante de ruptura para bregar cambios, mismos que sólo pueden consolidarse en el largo plazo.

Observar el curso de las últimas inercias políticas, anunciaba que en México habría de consolidarse un proyecto nacional encabezado por jóvenes. No fue así. Entonces ¿por qué en España sí fue posible esa experiencia con el partido político Podemos? Porque aquí se adelantó un partido encabezado por un liderazgo con mucho arraigo, el partido Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA). Muchos activistas formados en las recientes coyunturas como #YoSoy132 nutrieron las filas del reciente partido, de algunas organizaciones políticas tradicionales y del zapatismo.

De cara al futuro

El futuro siempre será incierto. Por eso el tiempo hacia delante ofrece angustia y esperanza, al respecto, la intuición ha aprendido a enunciar, mejor dicho, olfatear el sentido de la realidad, gracias a la memo-

ria, a lo que ha sido. Al margen sobre quién ganará la elección presidencial en las próximas semanas, lo que puedo intuir es el término de un ciclo histórico para las izquierdas en México. Nos toca presenciar el agotamiento, que no extinción, de dos grandes polos nacionales de atracción política. El liderazgo de Andrés Manuel López Obrador, y el zapatismo. Pues incluso, si el primero gana la Presidencia, sobrevendrá una fase distinta de su liderazgo, él encarna el mito nacionalista en tanto disputa el poder, pero no como gobierno, particularmente por las limitaciones a las que se verá sometido. Por otra parte, el zapatismo demostró su incapacidad para movilizar a un sector joven, como antes lo hacía.

Quienes defienden a-críticamente al zapatismo¹⁰, sostienen que el objetivo nunca fue llegar a la boleta electoral, que desde el inicio fue sólo colocar en la agenda nacional temas que hasta ese momento habían sido marginados como la cuestión indianista¹¹ y sobre todo, construir organización abajo y la izquierda. Eso pasó en 2001, con la marcha del color de la

¹⁰ El zapatismo es y será siempre un referente obligado para enriquecer la praxis política. Como experiencia histórica es inagotable para referir aquello que se puede mejorar democráticamente. Ha sido tan valiosa como la experiencia democrática de la antigua Grecia, pero eso no excluye que de igual forma, se aplique la máxima de la crítica como obligación moral e irrenunciable.

¹¹ Gustavo Cruz diferencia el indianismo del indigenismo como una contraposición de los pueblos indígenas organizados, frente a la

tierra, incluso en 2006 con la otra campaña, pero no en esta ocasión con la candidatura independiente.

Una organización que en sus inicios demostró ser muy exitosa en la disputa mediática, que logró una pronta legitimación de su guerra, que puso en el centro de la agenda nacional la demanda secular de los pueblos indios, que enriqueció el imaginario social y político de las izquierdas y que ha tenido la capacidad de sobrevivir a los embates sistemáticos del Estado, no pudo ser capaz en esta ocasión de sumar voluntades más allá de los ya convencidos, ni contrarrestar la absurda e intolerante idea que predominó en el imaginario social, de que intentaron entrar al juego electoral para dividir a la izquierda. Muchos ciudadanos así lo creen.

El zapatismo seguirá vigente moralmente, aún es una herida abierta del capitalismo tercermundista construido en estas tierras de civilización milenaria, de la vorágine neoliberal, del racismo, la desigualdad. Tampoco dejará de ser una alternativa polí-

visión institucional del Estado: “El indianismo se propuso como una ideología de y para la liberación del indio, contraria a las posiciones darwinistas anti-indias, pero también al indigenismo, al que se enfrentó por considerarlo integracionista del indio a los Estados modernos, a condición de abandonar lo indio. El indianismo se afirmó como una ideología política producida desde el indio y para el indio; y se opuso al indigenismo, al que situó como una ideología producida por no-indígenas (sobre todo mestizos) acerca del objeto-indígena.” (Cruz; 2014: 133-134)

tica regional, para las comunidades indígenas donde tiene presencia, pero como alternativa nacional, como polo de atracción política nacional, se agotó.

El poder todavía lo conserva una oligarquía voraz, representada en una hidra partidaria que se alterna en el poder sin revirar el modelo neoliberal; la disputa por cambiar el rumbo del país sigue vigente, y el agotamiento de esos dos grandes polos de la izquierda, propiciará un vacío que será necesario llenar. En política no hay leyes, pero sí inercias. Desde este argumento, la tarea urgente y más apremiante, es la reorganización de las izquierdas, para poder construir una nueva alternativa política nacional.

Hay una generación formada políticamente desde la huelga de 1999 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Atenco (2006), #Yo-Soy132 (2012), Ayotzinapa (2014), ávida de participar en la construcción de algo nuevo, pero que hasta este momento no ha sido capaz de protagonizar en la conformación de una alternativa nacional. Su referente ideológico más importante ha sido la mirada profunda y sabia del zapatismo. Tránsfugas del marxismo, es la generación que creció en el derrumbe de la utopía, desdeñaron el comunismo por lo estrecho de algunas palabras que ya no sirvieron para reflejar su realidad histórica -como lucha de clases, proletarios, burgueses-.

El problema es que esa generación desechó el marxismo sin reivindicar su mayor riqueza, aquello

que lo hace actual, su más valiosa aportación: su método de interpretación de la realidad, desde donde se pueden renovar, precisamente, los conceptos. Ahora sólo tiene dos caminos, vivir su tiempo histórico como una etapa acumulativa, de transición, o asumir su responsabilidad de transformación. Cualquiera de las dos resultan importantes, aunque peligrosas, peor aún es la indecisión; no resolver el dilema la arrojará a las fauces de la frustración. El protagonismo transformador tritura las cosas sencillas de la vida, pero la llena de contenido. La humilde tarea de preparar la transición, desdibuja generacionalmente, pero agudiza la mirada, permite atalayar; algo que hace mucha falta en la labor política de las izquierdas.

Se carece muchas veces de la suficiente paciencia para construir a largo plazo. La derecha, a diferencia, es capaz de disputar hegemoníamente en una estrategia de hasta tres generaciones. Por ejemplo, el mismo año que se nacionaliza el petróleo (1938), el presidente del Banco de México, Luís Montes de Oca, renuncia a su cargo como protesta por el rumbo que el país había emprendido, un liberal de cepa que no soportaba ver el avance y consolidación del nacionalismo mexicano, pero tampoco podía impedirlo, así que se organizó junto con otros liberales para traer a dos intelectuales considerados los padres del neoliberalismo, Friedrich Von Hayek y Ludwig Von Mises, para que dieran una charla sobre cómo revertir el modelo de Estado social.

La conclusión de esas conferencias, a las cuales sólo pudo asistir Von Mises, fue que si la Universidad Nacional se había “contaminado” de esas ideas nacionalistas, debían que construir sus propias universidades, para formar a sus propios cuadros, ideólogos, intelectuales y líderes. Es por eso que en 1946 se funda el Instituto Tecnológico de México, después ITAM al obtener su autonomía. En esencia, la primera batalla que la derecha planeó ganar, fue ideológica. Esperaron a que el modelo nacionalista entrara en crisis (en los setenta), para librar la batalla política desde dentro de la oligarquía. Desmantelaron lenta y violentamente el Estado social hasta llegar al preciado tesoro: la privatización del petróleo (2013).

Pasaron 75 años para revirar el modelo. La derecha planea a largo plazo. Puede hacerlo porque ostenta los recursos (económicos, políticos, mediáticos, militares), lo que le confiere paciencia, tan necesaria en el oficio político. Ya es tiempo de empezar a construir a largo plazo desde la izquierda. Ganar posiciones estratégicas aunque no se cumpla fielmente con nuestras expectativas en lo inmediato.

Esta fase histórica que se abre frente a nosotros, de reinención de las izquierdas, tendrá diferentes resultados según quien gobierne. La derecha de Ricardo Anaya -aun aliada con la servil, corrupta, podrida izquierda del PRD-, será el peor escenario para esa tarea colectiva. La llegada de AMLO podría generar mejores condiciones para avanzar en la

reconstrucción ideológica y sobre todo política de las izquierdas. El objetivo mayor sería la conformación de una gran unidad nacional en torno a un programa político. Lo anterior ha sido posible en muy contadas ocasiones, una de ellas en 1988. Lograr la unidad va más allá de mero voluntarismo. En gran medida es producto de un quiebre histórico, de la acumulación histórica que recurrentemente erupciona, por eso, el reto es intuir para encauzar esa inercia social y política.

La unidad sólo es posible en torno a un programa y un liderazgo, pero ambos no pueden ser jamás decretados. Construir un programa político de unidad nacional obliga a hacerlo en etapas acumulativas, con paciencia, humildad, en proceso y en movimiento, esto es, esbozar para consultar después. Un manifiesto entre más sencillo, breve y directo sea, es mejor. No es jamás elucidación, es interpretación.

Toda ideología que se precie de servir como combustible de la historia, tiene que convertirse en un acto de fe, de ahí la tentación de llevarla hacia el dogmatismo, por el fanatismo político, pero para evitarlo, nos queda la irrenunciable pero siempre incómoda crítica. Gravitar entre la pasión de las ideas y el análisis crítico.

El poeta como heraldo profético, preludia lo que vendrá. Por eso, estos años de reciente aridez poética asfixia el futuro. Yo pregunto ¿Qué ha pasado con la poesía, dónde están los poetas? Al final

ellos son los cantores e intérpretes del malestar y anhelos del pueblo.

Confesiones

Soy de izquierda por herencia y convicción. La fatalidad de arribar a este mundo me heredó el testimonio vivo de la experiencia de 1968 y la congruencia política en mi padre y una férrea devoción ética, amor a la verdad, hambre de ser, por parte de mi madre. Mi espíritu crítico me orilló a cometer “parricidio” muy joven, buscar mis propias verdades, caminar con el ejemplo de ambos pero asumir mis propias convicciones. Y aquí sigo, en la necedad de mejorar el mundo sin desánimo pero realista.

Estoy convencido de que la definición de izquierda no confiere superioridad moral a quien la asume, frente a quien se define de derecha, pues sólo son concepciones ideológicas distintas, puestas a prueba en el compromiso cotidiano. Hay también casos dignos de congruencia política en la derecha mexicana, por ejemplo: Manuel Gómez Morín y Manuel J. Clouthier (Maquío); sin embargo, estoy definido en el hemisferio zurdo de la política porque a diferencia de la derecha, la izquierda busca en primer orden, la igualdad social. Aún me duele la pobreza tan lacerante, cotidiana y abundante en un lugar como Oaxaca, ciudad donde nació y crecí.

Mantener viva la tradición ideológica de las izquierdas en estos tiempos, es la principal labor de quienes hemos crecido en dicho imaginario, ahora tan desgastado, incluso corrompido, pero qué culpa tiene uno de esos derroteros históricos. Las generaciones predecesoras nos dejaron *cenizas de revoluciones*, con las que ahora nos toca reconstruir la utopía.

Bibliografía

Alberoni, Francesco, (2008), *Enamoramiento y amor*, Gedisa, México.

Bergson, Henri, (1994), *La evolución creadora*, Planeta-Agostini, España.

-----, (2013), *Materia y memoria*, Cactus, Argentina.

Cruz, Gustavo, (2014), "Indianismo: historia, tesis, desafíos", pp. 133-169, en Mondragón, Rafael, *Pensar crítico y crítica del pensar*, STUNAM-Yod Estudio, México.

Duch, Lluís, (2012), *Religión y comunicación*, Fragmenta Editorial, España.

Gramsci, Antonio, (1972), *Maquiavelo y Lenin. Notas para una teoría política marxista*, Editorial Diógenes, México.

Katz, Friederich, (2011), *Pancho Villa*, Era, México.

Laclau, Ernesto, (2006), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, FCE, México.

Michels, Robert, (2008), *Los partidos políticos*, Amorrortu, Argentina.

Ortega, Joel, (2016), *Construir autonomías: ¿Disputar el poder?* en "Foro Universitario", 5º Época, Núm. 06, Octubre-Diciembre.

Paz, Octavio, (2015), *El arco y la lira*, Fondo de Cultura Económica, México.

Preston, Paul, (2014), *La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza*, Debolsillo, España.

Revueltas, José, (1980), *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza. Obras completas*, Era, México.

Sorel, George, (2005), *Reflexiones sobre la violencia*, Alanza Editorial, España.

Tagore, Rabindranath, (2012), *Nacionalismo*, Taurus, México.

Womack, John, (2011), *Zapata y la Revolución mexicana, siglo XXI*, México.

Xirau, Ramón, (1990), *Introducción a la historia de la filosofía*, UNAM, México.

Contenido

Apuntes	7
Epifanía política	9
El tejido de Penélope	33
Apuntes	34
Ética y política	39
Los liderazgos en política	51
Nacionalismo mexicano	64
Los fantasmas del pasado	77
Apuntes	78
De cara al futuro	87
Confesiones	94
Bibliografía	97

Epifanía política. Del enamoramiento colectivo a la eficacia política

se compuso con las familias tipográficas
Elephant, Palatino Linotype y Corbel,
y se terminó de imprimir en mayo de 2018,
en los talleres gráficos del STUNAM, ubicados en
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa, CP: 09810. Ciudad de México

El tiraje consta de 1,500 ejemplares





Epifanía" es aquello que acontece, imprevisible, esclarecedor, pero de origen inefable. Con ello el autor pretende desentrañar el instante mismo en el que estalla una Revolución social y política.

"En el instante en que estalla se vive un idilio en el que la imaginación, el deseo, el ideal, invaden la vida cotidiana... En consecuencia la vida se reafirma, se colma toda, por eso los intereses egoístas son desplazados en esa temporalidad. Una característica del amor es precisamente su capacidad de vencer el miedo y el odio en el momento de su irrupción. Nos libera de la pesadumbre de la vida, de todo aquello que convierte la existencia en una pesada piedra de Sísifo." Nos dice Octavio Solís.

Pero después de ese momento ¿qué sigue? Para el autor es preferible transitar del estallido social a un proceso de institucionalización política, a pesar de los riesgos que eso significa. Por eso somete a debate la eficacia política; para lograr un equilibrio entre la ética y el realismo político.

Este libro pone a debate de igual forma el concepto del mito nacionalista y los liderazgos en la praxis política. El tejido político mexicano necesita traductores de la rígida teoría académica y del veloz análisis periodístico. Octavio tiene esa virtud y expone ideas razonadas a fondo durante años.

Epifanía política evita el naufragio de esos conceptos mediante respuestas audaces a preguntas muy complejas: ¿por qué los movimientos sociales se desarticulan con facilidad? ¿Será cierto, como dice Solís, que estamos ante el fin de un ciclo histórico de las izquierdas en México?

Los dos grandes polos de atracción política nacional: Andrés Manuel López Obrador y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, han entrado en una fase distinta que preludia una reorganización de las izquierdas mexicanas. Por lo que no es un asunto menor discernir sobre quién habrá de gobernar los próximos seis años el país. De ahí lo oportuno de este libro.

"Desentrañemos el lenguaje para imaginar la utopía; recuperemos la política para vivir la utopía"

Germán Bernardo

